Félix Alonso: "Mis memorias de juventud"

ANTONIO RIVERA*

RESUMEN
LABURPENA
ABSTRACT

En este artículo publicamos el manuscrito inédito "Mis memorias de juventud". Se trata de la autobiografía de Félix Alonso, militante de la CNT en Vitoria durante la Segunda República, al frente de cuyas acciones reivindicativas estuvo entre 1933 y 1936. Alonso incluye no sólo su visión de los acontecimientos de la época (de los que fue testigo o protagonizó), sino también una interesante descripción de la vida social y cultural y de la sociabilidad de la militancia libertaria en una ciudad como Vitoria.

Argitaragabeko "Nire gazte-memoriak" eskuizkribua argitaratzen dugu artikulu honetan. Félix Alonsoren autobiografia dugu; CNTko kide izan zen Gasteizen Bigarren Errepublikan, eta sindikatuaren errebindikazio-ekintzen buru izan zen 1933tik 1936ra bitarte. Garaiko gertakizunen bere ikuspegia azaltzeaz gain (lekuko edo protagonista izan zen gertakizunena, alegia) bizitza sozial eta kulturalaren deskribapen interesgarri bat egiten du Alonsok, baita Gasteizeko militantzia libertarioaren soziabilitatearen deskribapena ere.

This article will include the unpublished manuscript "Memories from my youth." This is the autobiography of Félix Alonso, CNT campaigner in Vitoria during the Second Republic, leading their demands and actions between 1933 and 1936. Alonso includes not only his vision of the period's events (which he witnessed or took part in) but also an interesting description of the social and cultural life and the sociability of the libertarian militancy in a city such as Vitoria.

PALABRAS CLAVE
GAKO HITZAK
KEY WORDS

Autobiografía Félix Alonso, Vitoria, anarcosindicalismo, Segunda República, Guerra Civil.

Félix Alonsoren autobiografia, Gasteiz, anarkosindikalismoa, Bigarren Errepublika, Espainiako gerra zibila.

Autobiography Félix Alonso, Vitoria, anarcho-syndicalism, Second Republican, Civil War.

* Departamento de Historia Contemporánea. Universidad del País Vasco

El ebanista Félix Alonso se destacó en 1935 y 1936 al frente de las acciones reivindicativas de la CNT vitoriana. Su figura fue en ascenso desde comienzos de 1935, cuando las organizaciones obreras locales se encontraban aún sumidas en la crisis orgánica y política consiguiente al fracaso y represión del movimiento de octubre de 1934, de escasa repercusión en la provincia. Los líderes socialistas de aquella huelga (Herrero, Rueda y Gutiérrez) permanecieron presos hasta febrero, junto con otros seis militantes de ese signo. Los locales sindicales no serían reabiertos hasta mayo, y todavía tardó más la reapertura de la sede de los libertarios. Aprovechando el vacío, los sindicatos católicos, con una retórica obrerista, reivindicativa y muy crítica "contra los ricos", trataron de hacerse un hueco en el panorama sindical, copando los puestos en la renovación de los Jurados Mixtos efectuada en julio. Por el contrario, las organizaciones obreras de izquierda, de nuevo legales pero muy debilitadas, fueron recuperando sus lazos de relación, aunque sin llegar a fraguar la Alianza Obrera, como demandaban los escasos comunistas alaveses. Los socialistas hicieron un llamamiento de unidad cara a las futuras elecciones, y en ese escenario fue Félix Alonso, en un artículo en el diario *La Libertad* ("La C.N.T. y las próximas elecciones", 27 de febrero de 1935), quien desgranó argumentos en pro y en contra de la participación electoral en ese momento, sin concretar posición política pero desprovisto de cualquier apriorismo ideológico y, mucho menos, dogmático o sectario. Él mismo lo decía: "Sin estar dogmatizado por doctrina alguna y alejando sectarismos convencionalistas…".

Ese carácter singularmente abierto y nada doctrinario es el que destilan las páginas del apunte autobiográfico que presentamos a continuación, y que constituye a nuestro parecer el mayor interés de las mismas. Félix Alonso había llegado a las filas anarquistas sin una experiencia previa, sin participar de ninguna cultura de entorno favorable –que no existía como tal en Vitoria y, de haberla, estaría muy limitada a un pequeño sector-, sin unas lecturas o reflexión acerca de esa ideología –cita en su texto a los clásicos Bakunin, Malatesta y Reclus, sin mayores observaciones–, y a partir de un tránsito entre un cristianismo de los pobres y un anarquismo de los mismos pobres… pero combativos de su causa. Este paso fue muy común en esa época, antes y después. Félix Alonso lo expresa y expone bien: a pesar del fanatismo religioso en que había sido educado en el Hospicio vitoriano por aquellas monjas, en la coyuntura reivindicativa y de cambio social y político de la República, había tenido más fuerza, representado mejor y canalizado más adecuadamente sus anhelos igualitaristas la idea y la acción de los anarquistas que la del catolicismo de donde provenía. El caso ilustra otros muchos en los que la potente red social de la Iglesia española no era capaz de satisfacer y encuadrar organizativamente las demandas de sus obreros pobres, que acudían a otras entidades más combativas. E ilustra también acerca de la continuidad de mundos, pues para Félix la diferencia entre cristianismo y anar-

quismo no radicaba sino en lo estratégico: esta última ideología suponía simplemente "un atajo" para llegar a la fraternidad que una y otra postulaban.

La trayectoria militante de Alonso que (se) narra en este texto dura justo el tiempo republicano. Es una experiencia acelerada, característica de una coyuntura histórica dinámica y de crisis. Nuestro personaje se educó durante tres años en el Hospicio, donde había sido dejado por su madre al no poder superar ésta las dificultades económicas a consecuencia del fallecimiento del cabeza de familia. Una tradición muy del lugar y del tiempo. Las familias empobrecidas por la desgracia, como fue su caso, dejaban a sus hijos en el Hospicio provisionalmente, hasta tanto recuperaban una cierta posición. Por el contrario, los niños que se abandonaban –no "dejaban"– en el Asilo de Las Nieves no venían con la vitola de provisionalidad del otro establecimiento. "Abandonado por mis padres, la caridad me recoge", decía la inscripción que presidía el torno de Las Nieves. La educación en el centro constituía un compendio de los aprendizajes básicos, aunque presidida por una preocupación mayor por los hábitos, la moral y los prejuicios religiosos. Félix insiste en su recuerdo sobre todo en el peso de la formación y de la disciplina religiosa del lugar. Posiblemente, su nueva "religión libertaria" le llevaba a acentuar ese aspecto, aunque tampoco lo hace con mayores resquemores o recurriendo a retóricas anticlericales. Si acaso, sí achaca cierta inseguridad en el sentido de si sus limitaciones como adulto no provenían de la educación prejuiciada de aquel hospicio. Lo que sí se desprende de su relato es que la norma religiosa presidió aquella niñez de recogido: "oficios religiosos, misas, novenas, rosarios, la enseñanza sistemática de la historia santa y del catolicismo, el temor a ser quemados en aquel infierno que de lo alto del púlpito prometían a los pecadores los elocuentes predicadores".

Esa juventud y esa falta de poso ideológico, esa ausencia de "lealtad a la doctrina", más allá de cuatro referencias más sentimentales que políticas, explican que Félix desgranara en la prensa -¡en febrero de 1935!- razones diversas lo mismo para seguir absteniéndose de votar que para participar y contribuir así políticamente. Es el mismo "choque blando" entre dos cosmovisiones o explicaciones de la realidad que expone en temas más privados y profundos, como el amor y la sexualidad. Su reciente formación anárquica en la libertad sexual, en la igualdad y respeto entre sexos, y en el disfrute contenido de las pasiones y placeres sensuales constituye una referencia de comportamiento que se equilibraba con otra anterior, católica, hasta dar lugar a una relación de exclusivo amor platónico con la joven Carmela. Porque el interés de este texto es que su autor no cambia una ideología por otra, en una sustitución doctrinaria o dogmática, sino que las combina y solapa, y se advierte cómo conviven en cada asunto lo que queda de una, sólido o desvaneciéndose, y lo que va imponiéndose de otra. De ahí su visión social y política, muy pragmática e instrumen-

tal, posiblemente más representativa de la realidad del movimiento libertario y cenetista de aquellos años que las ortodoxias escritas y estratégicas de los "jefes" del anarquismo hispano.

Su primer recuerdo de la vida pública, política, es la proclamación republicana, impactante, histórica y festiva, con el previo del movimiento de los capitanes Galán y García Hernández, héroes tradicionales de la nueva cultura política, anárquica, de Félix Alonso. La dimensión de ese instante es estrictamente republicana: 'Marsellesa', vivas a la República y libertad de los presos. Pero una república concebida no solo como forma de gobierno sino, sobre todo, como "régimen democrático (que) suprimirá las injusticias aportando la felicidad al Pueblo". Ahí radicó la esencia de la expectativa que suponía el nuevo régimen y el saldo de satisfacción y frustración que marcaría la posición de los sectores izquierdistas del país. Los sentimientos de los derechistas respecto de la República iban por otros derroteros.

Para Félix Alonso –y para su heterónimo Felipe– "comenzó una nueva existencia": tenía dieciocho años y se sentía él mismo junto a su entorno social rompiendo de consuno con la realidad anterior (y con su mundo interior educado en el tradicionalismo). Esa consideración general se connotó para él social y políticamente con su entrada en la órbita de la CNT, de la mano de un compañero de taller, en la ebanistería en que empezó a trabajar y donde protagonizaría un despido y una lucha por dignidad, algo muy característico de la conflictividad sindical de los anarquistas. Los recuerdos añadidos a aquella fiesta que fue la proclamación republicana los aportan las elecciones a Cortes de junio y la quema de conventos, convenientemente interpretados ambos acontecimientos desde su genérica percepción republicana. También resulta ortodoxa la explicación que da de la crisis social y económica, provocada por el boicot de los intereses patronales y derechistas al nuevo régimen. Pero inmediatamente destaca cómo todo aquel caudal de esperanza de transformación social se iba a disipar con rapidez, y la sucesión de huelgas que vivió la ciudad hasta 1933 resulta expresión de esa tensión social. Fue en ese ambiente en el que Félix se formó como dirigente sindicalista de manera acelerada, "pasando en unos meses de la ignorancia más completa del mundo de la lucha de clases a una actividad intensa en el seno de la misma". En esos pocos meses se convirtió en secretario sindical, del importante ramo local de la madera.

La exposición de Alonso es muy sintética en ese crucial primer año republicano vitoriano. Salta de la proclamación republicana a los incidentes en la celebración de su primer aniversario, pero entre una y otra jornada se encierra el principio y el final del consenso republicano, el punto de partida y la ruptura de la relación entre las autoridades republicanas alavesas y la parte más movilizada y reivindicativa del elemento trabajador que representaba la CNT. Antes de esa celebración - que Alonso aprecia tumultuosa, como si fuera debida al azar o a la simple insatisfacción proletaria, y no a una previsión de actos de sabo-

Félix Alonso en el exilio. Fotografía tomada el 8 de noviembre de 1941.

taje-, Vitoria había vivido una sucesión de conflictos laborales y sociales de envergadura. Una auténtica "estrategia de la tensión" llevó a la CNT local a poner en jaque a los republicanos. Así, la primavera de 1931 estuvo presidida por las dos grandes huelgas en Ajuria, la más importante factoría vitoriana, y en las obras de Eguinoa para la Caja Municipal, en el centro de la ciudad. Cuando éstas terminaron, arrancó la presión constante de los obreros parados dirigidos por la CNT, de una gran radicalidad y generadora de gran crispación social. Dos huelgas generales, una entre el 2 y el 7 de diciembre y otra fallida el 15 de febrero (con resultado del asesinato de un sereno), marcaron los puntos de inflexión de ese pulso continuo. Al final, el boicot declarado por la organización anarcosindicalista al primer aniversario de la proclamación republicana no podía terminar sino en violencias –resultó muerto un policía municipal afiliado a la UGT–, y ésta dio paso a la represión de las autoridades republicanas, con el gobernador

Amilibia al frente, contra la CNT. Los locales del sindicato fueron cerrados y 63 personas, calificadas como "dirigentes" de la organización, fueron detenidas y trasladadas a la cárcel de Pamplona. El Ayuntamiento declaró "indeseable" a la Confederación y sus miembros –hasta 250– fueron expulsados de las obras municipales. La reacción conservadora de la "Vitoria republicana" contra la CNT –la derecha permaneció al margen, encantada con la división de sus oponentes– supuso el inicio de la crisis de una y otra, así como el recurso a una respuesta cada vez más violenta y sectaria de parte de los anarcosindicalistas contra el resto de formaciones políticas y sociales.

No es casual que Alonso dé paso a partir de este momento a la interesante descripción de la vida social y cultural, a la sociabilidad de la militancia libertaria en una ciudad como Vitoria. Se destacan la importancia de la autoformación en el sindicato o ateneo, el orgullo del trabajador autodidacta, el fervor ilustrado por la lectura y el debate como instrumentos de manumisión. También el excursionismo, en una dimensión higiénico-naturista, apartados del alcohol y de diversiones banales (como el baile), donde no sería pequeña la influencia cercana del doctor Puente, quien por cierto había publicado ya en 1925, en la vitoriana imprenta de la viuda e hijos de Sar, un folleto titulado *Alpinismo*. Más interesante, si cabe, es la referencia íntima de Felipe acerca de su relación con las mujeres: la respetuosa y platónica que mantenía con Carmela, la culpabilidad de su iniciación sexual en un garito de la calle Nueva Dentro y la no confesada en las formas de su tiempo en la mili. Una experiencia, la militar, que le sirve para dar cuenta de los aspectos más sangrantes de la misma en ese tiempo, y que no tienen que ver con una afirmación antimilitarista genérica sino con un par de aspectos más concretos: la persecución que sufren los militantes de izquierda extrema por parte de los militares –correspondida con las violencias sobre éstos cuando salían a las calles de Melilla– y el reproche de la traición y el desafecto de aquellos por una bandera y un compromiso que reiteraban con fruición en cada uno de los forzados ritos de la milicia.

A la hora de establecer los hitos de ese tiempo, el relato de Alonso repara más en los acontecimientos políticos generales que en los de la vida local, como si pensara que aquellos marcaban más su vida que los más próximos. La relación y justificación es ahí convencional, ortodoxa, conforme a su ideario: las izquierdas ganaban o perdían elecciones dependiendo en buena medida de la disposición o rechazo de las masas confederales; el movimiento de octubre de 1934 era consecuencia de la entrada de derechistas en el gobierno y de la ascensión del fascismo en Europa, y sus magros resultados la secuela de la indolencia cenetista ante una revolución que, salvo por la unidad demostrada en Asturias, no le ejercía ningún atractivo. A su regreso a Vitoria, a finales de aquel año, nuestro personaje se incorporó al sector de los parados y da cuenta de la vida de uno de éstos. Una existencia que mezclaba un devenir forzadamente ocioso, entre alguna ocupación

doméstica y el ejercicio físico y lúdico, y las muchas horas en el Frontón Vitoriano, donde pasaban el tiempo los desocupados y rumiaban su destino mientras preparaban pequeñas asonadas contra los cristales del comercio local. ¡Aquellos escaparates del viejo republicano Castresana, que pagaron y donde se estrellaron buena parte de las frustraciones obreras de la República! También, el recurrente procedimiento a la bolsa de trabajo, la cuadrilla extraordinaria de obras y el dinero de las suscripciones, menos eficaces que en otro tiempo porque ahora, en los años treinta, ni los que daban ni los que recibían interpretaban esos recursos como eficaces atenuantes del conflicto social. Éste estaba irremediablemente abierto.

En los meses previos a la guerra, "todo iba de mal en peor". El relato es retrospectivo, elaborado; no se trata de un diario. El Frente Popular ganaría por el apoyo electoral de las bases de la CNT y de la FAI –de nuevo una visión muy convencional–, y, lo más interesante, constituiría una segunda y definitiva oportunidad, según Alonso, para que la República y los republicanos desarrollaran su labor y satisficieran las expectativas que habían dejado irresueltas en su primer bienio de gobierno: amnistía de presos y represaliados, reforma agraria, cuestión territorial... Pero de nuevo la presión huelguística y las violencias sociales habrían sido el acompañante de la acción de gobierno, inevitables según el relator para evitar la lentitud del ejecutivo. La visión de esos meses por parte de Alonso es más dramática que la de nuestra historiografía actual. Un diario del tiempo, el de Tomás Alfaro Fournier, coincide en esa visión agónica. Y, sin embargo, la situación en Vitoria, sin ser de tranquilidad, tampoco justificaba el subsiguiente golpe de Estado pretendidamente preventivo. Félix Alonso –como su heterónimo Felipe– se puso al frente de la huelga general más unánime que había vivido la ciudad, después de haberse adiestrado como portavoz de los obreros parados que controlaba la CNT. Una huelga que él resume en su resolución a la baja, casi como derrota, cuando en realidad no terminó así, aunque la posición de todo o nada de los anarcosindicalistas les llevara de nuevo a no firmar los acuerdos que básicamente ellos habían forzado: la huelga fue seguida por los cuatro sindicatos locales (CNT, UGT, Católicos y Solidarios Vascos), pero fue especial el protagonismo de anarquistas y, en menor medida, de católicos.

La experiencia que narra de la Biblioteca Municipal Popular resulta también de gran interés. En realidad, se desarrolló entre junio de 1932 y noviembre de 1933. Por estas últimas fechas, Félix Alonso ya presidía mítines en sitios como Briviesca, confirmando así su proyección dentro de las filas confederales. El experimento de la Biblioteca Popular confirmó al menos dos situaciones: la fortaleza del movimiento social, capaz de imponer a las instituciones locales sus fórmulas, y, al contrario, las limitaciones de la autoorganización obrera, donde contrastaban en demasía la capacidad de control organizativo y de superación personal de los "obreros conscientes" y las inclinacio-

Félix Alonso, autor del manuscrito "Mis memorias de juventud".

nes menos reflexivas de la masa de trabajadores. También, la ingenuidad de los anarquistas, que pensaban que por organizar bajo su dirección a un sector de parados, ya constituían éstos un elemento colectivo revolucionario. No era así, y Alonso acude en su relato a una explicación demasiado sencilla y simple: culpar a la sociedad de la falta de responsabilidad y de respeto a los bienes comunes por parte de aquellos trabajadores. Un año después, a finales de 1935, los socialistas de la Federación de Sociedades lo intentaron de nuevo mediante la fórmula de Ateneo Enciclopédico Obrero. No llegó ni a constituirse.

La enfermedad le salvó en el verano del 36 de sufrir la represión inmediata al golpe militar y al también inmediato control de la ciudad por parte del elemento alzado. Su experiencia resulta curiosa: pierde la consciencia en los últimos días republicanos de Vitoria y la recobra cuando por las calles campaban por sus respetos requetés y falangistas, junto con militares y derechistas de toda laya. (El argumento de la interesante película de Wolfgang Becker sobre la desaparición de la República Democrática Alemana, "Good bye, Lenin!" (2003), anticipado por Félix Alonso en su peripecia y en su relato). En la cama del viejo Hospital de Santiago fue conociendo las noticias de sus primeros compañeros del sindicato encarcelados o asesinados: Mariano Gutiérrez Arín, implicado a comienzos de 1933 en la localización en su casa del Casco Viejo de un depósito de explosivos remitido desde Igualada; Ángel Estavillo (*); el médico de Maestu, Isaac Puente; el

(*) Primitivo Estavillo Puelles fue un miembro de la UGT capturado en el frente y fusilado el 14 de agosto de 1936, cuando Alonso estaba en el Hospital. En realidad, el cenetista asesinado fue Félix Estavillo, entregado a los requetés el 12 de noviembre y fusilado a continuación.

ciego Jesús Gangutia, encausado en febrero de 1932 por el asesinato del sereno Clemente Foronda, en la huelga general del 15 de ese mes; los hijos del viejo anarquista Valdivielso; y otros. Todos trabajadores de ideas avanzadas, acosados ahora por "hijos de comerciantes conocidos", protegidos por la fuerza de las nuevas autoridades. También en la todavía casi levítica Vitoria, la ocasión se prestaba ahora para un sangriento episodio de lucha de clases. Muchos compañeros cenetistas, fracasada la huelga general contra el golpe militar y desatendidos aquí también por unas débiles autoridades republicanas, pasaron las líneas para incorporarse a la fuerza militar leal al gobierno. Los anarcosindicalistas alaveses engrosaron en su mayoría el batallón "Isaac Puente" y el "Sacco y Vanzetti", y en menor medida el "Malatesta". Pero de eso ya no habla este testimonio.

Los datos aportados por sus sobrinas Rosa y Laly Díaz de Guereñu Alonso, hijas de su hermana pequeña (testimonio recogido el 2 de julio de 2007), indican que Félix Alonso García había nacido en Zumaya (Guipúzcoa) un 30 de julio de 1912. Vivió su juventud en Vitoria, tras la muerte de su padre, en la calle Pintorería 92, 2º piso. Trabajó en diversos oficios, pero hizo suyo el de ebanista, se hizo republicano y pronto militante de la CNT. La organización tenía su local entonces en la misma calle Pintorería, en el número 19. Allí conferenció Félix acerca de diversas temáticas –un 20 de diciembre de 1935 titulaba su discurso "Evolucionando por el mal camino"–, y también en 'La Barraca', que estaba junto al antiguo Ideal Cinema. Fue detenido en una ocasión en la sede sindical, de resultas de un mitin, y conducido a la cárcel de la calle La Paz. Allí protagonizó una huelga de hambre con sus compañeros. Cuando mitineaba por la Montaña Alavesa se hospedaba en casa del doctor Puente, a quien le unía una relación de amistad y camaradería. En la estancia en el Hospital que narra en su texto fue ayudado a escapar por el médico militar retirado Villacián. Estuvo escondido en su casa de Pintorería en un hueco que construyeron sobre la chimenea. Allí estuvo seis meses, desde setiembre de 1936, cuando huyó del Hospital. El hueco hubo de hacerse más grande para dar cabida a otros refugiados, como los hermanos Jesús y Casilda Conde y Jesús Sarralde. Cada noche llegaban a buscarle y amenazaban a su madre y hermana. Al cabo de esos meses, hacia marzo de 1937, bajo la nieve y de noche, conducidos por un joven bilbaíno, pasaron la línea del frente atravesando la sierra de Badaya, al oeste de la provincia. La huída estaba preparada solo para Alonso, pero acabó incluyendo a Casilda Conde, Jesús Sarralde, Erotis (posiblemente Lozano), "otra mujer, otro chico y otro que vivía en la calle de Las Escuelas". Cuando llegó a Bilbao, una radio republicana que se escuchaba en Vitoria emitió la clave para que su familia supiera que estaba a salvo: "El gato negro está con nosotros". En la zona leal parece que se incorporó al "Sacco y Vanzetti", ocupando puestos de responsabilidad, aunque no tuvo tiempo sufi-

ciente como para ello(*). En la retirada final pasó a Barcelona y tras la caída de ese territorio cruzó la frontera. Recaló en dos campos de concentración, de donde escapó del segundo gracias a la ayuda de un escribiente alemán que simpatizó con ellos y que pagó con su vida semejante generosidad con Alonso y con otros presos como él. Allí hubo de vender sus dientes de oro para sobrevivir. Acabada la guerra, se instaló primero en las cercanías de París, donde se construyó una casa de madera, y luego definitivamente en Saint Nazaire, en la costa, cerca de Nantes, en la Loire Atlantique. Allí trabajó en diversos oficios, pero sobre todo en la madera, incluyendo el trabajo en los astilleros locales. Siguió en el sindicalismo y en la lucha obrera, y al parecer mantuvo relaciones con el cantante Paco Ibáñez. En Francia se casó y tuvo familia. Escribía a los suyos cada Navidad, pero solo volvió a España de visita tras la muerte del dictador, a partir de 1977. Es entonces cuando se decidió a escribir las páginas que aquí presentamos. Murió en su nueva patria francesa –ya pensaba en francés–, en la primavera de 1983, aunque siempre interpretó insólito renunciar a su nacionalidad española, como hicieron otros muchos exilados como él.

"Mis memorias de juventud"

Félix Alonso

I

Sin ritmo ni compás, la asordante cacofonía brotaba de las frágiles gargantas, engendrando tal bullicio que apenas sí podía comprenderse el texto de la canción en el tarareo de aquel coro infantil.

"En el diez y seis de mayo
de mil novecientos veinte,
en la plaza de Talavera
Joselito halló la muerte".

Diseminados sobre toda la extensión del gran patio del Hospicio de San Prudencio, en la Ciudad de Vitoria, los niños daban rienda suelta al instinto natural de desahogo y relajamiento.

Unos, ocupando el frontón situado en un rincón del patio, se divertían persiguiendo bulliciosamente una pelota. Otros, en el ángulo opuesto al de los "pelotaris", allí donde un sutil olor amoniacal hacía presentir la proximidad de los retretes, jugaban al escondite buscando camuflage[1] entre las columnas que sostenían el tejado del cobertizo o detrás del laberinto formado por las puertas de los evacuatorios. Pero el grupo más numeroso se hallaba concentrado en la parte descubierta del patio donde, como de costumbre, habían formado el círculo que simulaba la plaza de toros. En el centro de este corro y respetando el turno impuesto por los mayores, evolucionaban dos niños. Uno de ellos, cuerpo doblado y cabeza gacha, imitando al toro, embestía sobre el otro, quien presentándole una blusa, tan pronto capote que muleta, jugaba el papel de torero. Las reacciones de los niños espectadores se manifestaban ruidosamente, jaleando la

(*) En la lista de mandos que aporta Francisco Manuel Vargas Alonso ("Anarquismo y milicias de la CNT en Euzkadi", *Vasconia*, 24, (1996)) solo figura un Félix Abáigar Alonso como teniente del "Bakunin".

(1) Camuflaje.

faena de sus camaradas con oles, aplausos o abucheos. Escuchando sus críticas, se podría creer que la técnica de la tauromaquia no tenía secreto para ellos. El hecho de que niños de siete a doce años conocieran tan bien el lenguaje designando las diferentes fases y movimientos ejecutados por el torero no era fortuito, sino el efecto de una causa que no podía dar otro resultado. Todas las veces que se organizaba en Vitoria una fiesta taurina, la administración de la plaza de toros retenía benévolamente un lugar determinado en los altos palcos, señalado por un rótulo en el que se leía "Reservado para los niños del Hospicio". La asistencia a todas las corridas de toros y el influjo del espectáculo con los consiguientes comentarios plenos de ingenuidad infantil, no podía dar otro resultado. La atracción irreflexiva del peligro por la ilusión de saborear un día la gloria triunfal de sus ídolos, el ensueño de devenir ricos y poderosos como los toreros de sus leyendas: toda una inconsciente amalgama de aspiraciones que imaginadas por ellos de fácil realización habían adquirido el grado de obsesión. Otra de las causas que alimentaba su fanatismo taurómaco era el ambiente fomentado por la posesión de recortes de periódicos dando reseñas de corridas y representando fotografías de toreros. Este arsenal de noticias taurinas lo aprovisionaban los niños fácilmente una vez por semana; durante el paseo de los jueves, cuando escoltados por el señor Maestro y dos vigilantes, caracoleaban en doble fila por las afueras de Vitoria y, procurando no ser vistos por los guardianes, recogían, a pesar de la prohibición, ciertos trozos de periódicos que encontraban por el suelo.

Cuando, mucho más tarde, en el transcurso de su existencia, Felipe quería precisar con exactitud el año de su ingreso en el Hospicio de Vitoria, empleaba como recurso imaginativo el recuerdo de aquel inolvidable estribillo cantado a la gloria de Joselito:

"En el diez y seis de mayo, de mil novecientos veinte…".

Nunca supo Felipe de qué manera entró la canción por las puertas del Hospicio. Pensó que un niño, a su ingreso en el establecimiento, debía conocerla de memoria por haberla oído cantar a alguno de aquellos grupos que en las plazas y calles de la capital se exhibían frecuentemente, rodeados de un corro de curiosos y que acompañándose de una vieja guitarra o de un violín desacordado cantaban y vendían coplas tratando de los acontecimientos más destacados de la actualidad.

"En el diez y seis de mayo…".

Tenía, pues, Felipe, ocho años el día en que su madre, llorando a lágrima viva, le dejó en la oficina de la administración de aquel benéfico establecimiento, después de haberle estrechado fuertemente en sus brazos con promesa de visitarle todos los domingos. También Felipe derramó lágrimas en el momento de la separación, pero lo que las provocó fue más bien el contagio de la pena de su madre que la sincera manifestación de su propio sentimiento. No era la primera vez que, sin tener cuenta de su voluntad y de manera para él incomprensible, le obligaban a vivir con personas desconocidas. Es por lo que, a causa de esta repetición de cambios de domicilio, su carácter había adquirido la fuerza de resistencia moral que le ayudaba a soportar sin demostraciones de duelos los frecuentes momentos penosos en su corta existencia.

Contaba Felipe tres años el día en que enterraron a su padre en el cementerio de Bermeo. Artesano mecánico, especializado en la reparación de embarcaciones pesqueras, su actividad profesional le obligaba a trabajar frecuentemente a bordo tanto de día como de noche. Fue en el muelle, ejecutando un trabajo a la intemperie, donde cogió el catarro que produjo la bronconeumonía.

Frecuentemente, Felipe había tratado, rememorando las primeras percepciones conscientes de su existencia, de buscar en el recuerdo la imagen de su padre, pero, a pesar de todos sus esfuerzos, su imaginación no llegaba más allá de aquella escena confusa que tuvo lugar en las inmediaciones del cementerio de Bermeo.

"¡Felipe, no te acerques a los agujeros, que puedes caerte dentro!", había gritado su madre. Al oír esta advertencia, Felipe corría hacia ella y con voz asustadiza preguntó: "Mamá, y si caigo en el agujero, ¿me echarán la tierra encima como a papá?".

Felipe creía ver el lugar donde la acción se produjo. A la edad de tres años la noción de los objetos y lugares toma proporciones irreales y es por lo que Felipe no podía precisar años después si se hallaban en una carretera o en un camino, cuando, saliendo del cementerio, sin las flores que habían depositado sobre una tumba, la madre y los tres hermanos avanzaban a la proximidad de unos agujeros cavados en la tierra por una cercana plantación de árboles.

Mucho más tarde se preguntó Felipe si el recuerdo de haber vivido aquel momento era consciente o si lo creyó como tal a fuerza de habérselo oído contar frecuentemente a su madre.

Cuando la madre de Felipe quedó viuda, se decidió a abandonar Bermeo, donde solo una tumba podía retenerla, para trasladarse con sus hijos a Vitoria, sabiendo que allí encontraría muchos miembros de su familia que en caso de necesidad no le negarían la ayuda.

Desgraciadamente, las ilusiones que la pobre mujer se había hecho sobre el posible auxilio de los familiares se convirtieron en decepción amarga y, cuando al cabo de unos meses se desvanecieron las escasas economías, sin recursos para criar sus hijos convenientemente, se vio obligada a buscar un empleo.

La primera separación de Felipe con sus hermanos databa del día en que su madre empezó a trabajar como niñera.

Durante dos años, los hermanos cambiaron varias veces de residencia, hasta el día en que, no pudiendo hacer frente a la dificultad de encontrar nuevos emplazamientos a los niños, la madre tomó la triste resolución de enviar a Felipe al Hospicio.

En Vitoria, los dos centros oficialmente benéficos destinados a recoger y albergar niños eran el Asilo y el Hospicio. La diferencia entre estos dos establecimientos consistía principalmente en la interpretación temporal o definitiva del abandono de los niños. El léxico del Asilo se leía en una inscripción escrita sobre el torno giratorio, emplazado en un hueco de la pared: "Abandonado por mis padres, la caridad me recoge". Mientras que los que ingresaban al Hospicio iban acompañados por sus propios padres, quienes los confiaban al establecimiento por un lapso determinado de tiempo.

La opinión pública, en general, era que los hospicianos representaban casos sociales, que se trataba de niños inadaptados a la vida familiar. Es por lo que muchos de los padres confiaban a aquel centro la guarda de sus hijos, y aprovechaban la opinión de las gentes, se servían de ella, para esconder púdicamente el verdadero motivo de la separación, que no tenía otra causa que la miseria. Pero lo que la generalidad de personas ignoraba es que el verdadero problema de la inadaptación iba a manifestarse después, es decir, cuando al cabo de una permanencia prolongada en el Hospicio el niño debiera integrarse a la vida familiar.

Felipe vivió aquella experiencia. El Hospicio funcionaba económicamente, no solo por subvención oficial, sino también gracias a la ayuda generosa de ciertas

personalidades locales. Todos los hospicianos eran hijos de familias obreras necesitadas. La pensión, obra de beneficencia, era gratuita. La sola condición impuesta a las personas favorecidas consistía en aceptar el reglamento interior, regido por las propias ideas de los benévolos donadores, en su mayoría de la más pura tendencia reaccionaria.

Durante tres años, la existencia de Felipe fue modelada, al igual que la de sus camaradas. Todos fundidos en el mismo molde. Vestidos con blusas y trajes del mismo corte y color. Disciplina que, frenando la expansión individual, tendía a amasar las diferentes mentalidades en un mismo bloque, sin plaza al desarrollo de la personalidad. Uniformidad absoluta al igual que sus vestimentarios (2).

Todos los días, a las siete de la mañana, las palmadas repetidas de la monja de servicio sonaban con insistencia de despertador en el dormitorio de los niños, quienes al pie de sus camas repetían la oración recitada por la Hermana. Seguía el descenso en formación a la planta baja para ocupar la plaza habitual en el gran comedor reservado a los ancianos y a los niños. Otro local idéntico recibía a las mujeres y a las niñas, separación necesaria para evitar la promiscuidad de sexos, cosa considerada como pecado grave de inmoralidad. Antes de degustar el desayuno, grandes y pequeños, al unísono de la voz de otra monja, murmuraban un ruego a Dios por los alimentos que iban a tomar. La salida del comedor no se hacía sin haber agradecido a Dios por los alimentos que habían tomado. Del comedor, siguiendo un largo pasillo, los niños eran dirigidos a la Capilla para asistir a la celebración de la primera misa. Los domingos y fiestas de guardar, por un pórtico comunicando con la calle de San Vicente, el público podía penetrar en la iglesia para escuchar la Misa Mayor al mismo tiempo que los hospicianos, quienes acudían a la capilla por segunda vez en la misma mañana. Excepto los jueves y domingos, la escuela sucedía al servicio religioso, donde una vez instalados delante de los pupitres, los alumnos esperaban silenciosos la orden del señor Maestro para comenzar a rezar a coro el "Padre Nuestro", de rigor a cada apertura y final de la clase.

La asistencia obligatoria a todos los oficios religiosos, misas, novenas, rosarios, la enseñanza sistemática de la historia santa y del catecismo, el temor de ser quemados en aquel infierno que de lo alto del púlpito prometían a los pecadores los elocuentes predicadores, provocaba en ciertos niños una psicosis de tenebrosidad y misterio que frecuentemente alteraba el frágil equilibrio de sus cerebros.

Felipe fue uno de tantos ejemplos de la influencia nefasta de aquel régimen educativo mal asimilado.

Al reanudar la vida con su familia, presentaba un carácter inestable, inquieto, obsesionado por ideas confusas, al límite de la superstición. A tal punto su comportamiento reflejaba el misticismo de su razón, que frecuentemente después de haberse acostado, advertido por su subconsciente de un olvido, Felipe se levantaba y arrodillándose al pie de la cama recitaba una oración, se santiguaba y volvía a acostarse con la inocencia de una conciencia tranquila. Otras veces su desequilibrio se manifestaba al despertarse sobresaltado, atormentado por angustiosas pesadillas. A las palabras de consuelo de su madre, que acudía a su lado cuestionándole por el motivo de sus sollozos, Felipe respondía con acento acongojado que tenía miedo de ir al infierno. Estas escenas, a fuerza de repetirse, preocuparon tanto a la pobre mujer que decidió exponer el caso al señor coad-

(2) Vestimentas, uniformes.

jutor de la iglesia de San Vicente, su parroquia. Este eclesiástico, después de haber interrogado a Felipe, concluyó que se trataba de una forma de precocidad infantil provocada por un complejo de culpabilidad en un niño que temía el castigo divino por creerse en pecado mortal y aconsejó a la madre de avanzar la fecha de la primera comunión para que pudiendo confesarse recibiera la absolución y con ella la consiguiente tranquilidad de espíritu.

Para la madre de Felipe, la recompensa al sacrificio de aquellos tres años de separación era el diploma suspendido a un clavo en la pared de la alcoba, ¡Qué orgullo le invadía cuando lo enseñaba a sus familiares y amigos! Su hijo no había perdido el tiempo en el Hospicio, decía con voz enternecida, admirando aquel cuadro que representaba para ella la certidumbre de que Felipe había recibido el premio que merecía su conducta y saber.

Desgraciadamente, el noble egoísmo maternal no veía más que el aspecto superficial, pues, en realidad, cuando Felipe salió del Hospicio, ignoraba los conocimientos más elementales de la vida. Habiendo vivido durante tres años aislado del exterior, en el periodo crítico en que el niño busca el saber del porqué de las cosas, a comprender la función de ciertas relaciones que se manifiestan al interior de su propio cuerpo, la natural curiosidad hacia el sexo opuesto y de la comprensión del proceso de su venida al mundo, ninguna respuesta aclaró su ignorancia. Los responsables de su educación, basada en la enseñanza tradicionalista, eludían tratar estos problemas y avanzaban siempre como argumento irrevocable la misma réplica: “Sois aún muy jóvenes para conocer esas cosas“.

El resultado de esta ausencia de información desviaba el conocimiento de la verdad por las suposiciones erróneas que la ignorancia provocaba en los cerebros infantiles, a tal punto que Felipe, a la edad de doce años, afirmaba seriamente que los niños venían al mundo saliendo del ombligo de las madres.

Mucho más tarde, al cabo de los años, la sensación de malestar que había sentido Felipe al rememorar este pasado desapareció. Había guardado celosamente secreto el periodo de aquellos tres años pasados en el Hospicio, como quien siente en sí la responsabilidad de haber cometido una mala acción. Tantas veces yendo a la escuela del Portal de Urbina se oyó llamar despectivamente “hospiciano” por sus camaradas de clase, que el apodo le produjo un traumatismo. Fue la madurez, adquirida con el transcurso del tiempo, lo que le permitió desembarazarse de la vergüenza que inconscientemente soportaba como un complejo y que le había conducido a un refugio de olvido voluntario donde había escondido la existencia de aquellos tres años de su vida todas las veces que delante de sus amigos era cuestión su infancia.

Si el recuerdo de su estancia en el Hospicio cambió de significación en la mentalidad de Felipe a partir del momento en que eliminó la sensación de pudor que le había agobiado durante tantos años, esta transformación no le trajo el olvido, sino, al contrario, una cuestión permanente frente a los acontecimientos que siguieron marcando su existencia: saber si su comportamiento, sus reacciones, su manera de ser y actuar no fueron producto de la educación recibida en aquel benéfico establecimiento.

II

Descendiendo por la ancha cuesta de San Francisco, numerosos grupos de gente avanzaban lanzando canciones y gritos de alegría, en exhibición entusiasta de algarada colectiva. Como cada vez que se producía en España un acontecimiento importante, los vitorianos, afluyendo de todas las partes de la Capital, se dirigían invariablemente hacia la calle Eduardo Dato.

Esta calle constituía el punto tradicional de concentración, no solamente porque su anchura permitía circular espaciosamente en ida y vuelta todo lo largo de su calzada, sino y sobre todo, por ser el foco de todas las informaciones, ya que en ella residían las imprentas de los dos periódicos alaveses, *La Libertad* y el *Heraldo Alavés*. Otra de las peculiaridades de esta calle era la de tener dos nombres, el oficial de Eduardo Dato, personalidad alavesa asesinado el año 1921, cuando ocupaba el cargo de Presidente del Consejo de Ministros, y el comúnmente empleado de calle de la Estación, por el hecho de que una de sus extremidades terminaba frente a la fachada de la estación del ferrocarril.

Este martes, 14 de abril de 1931, iba a entrar en la historia de España por un suceso excepcional: la clausura de todos los centros políticos y sindicales de tendencia ideológica desfavorable al gobierno existente, la persecución sistemática y el encarcelamiento arbitrario de personas que luchaban por adquirir mejores condiciones sociales, había producido en los medios obreros y progresistas una tensión creciente de reivindicación de derechos.

La actividad de la oposición había vivido en un estado de anestesia, impuesto por los siete años de dictadura del General Primo de Rivera, y no empezó a manifestarse abiertamente hasta el año 1929 (3), momento en que el General Berenguer, para evitar que la crisis del régimen no se transformase en revolución, autorizó la existencia legal de los partidos republicanos y socialistas, así como la de ciertos sindicatos obreros.

La intensidad de oposición a la monarquía, juzgada por el pueblo trabajador responsable de la situación caótica del país, tomo mayor amplitud a partir del 12 de diciembre de 1930, a consecuencia del levantamiento de la guarnición de Jaca, por el fusilamiento de los capitanes Galán y García Hernández, condenados como responsables de la sublevación. Este acontecimiento fomentó una recrudescencia (4) de movimientos huelguísticos, que dieron como resultado el nacimiento de una toma de conciencia de la población por una solución de carácter republicano. Por esta causa, las elecciones municipales celebradas el 12 de abril eran consideradas por los progresistas españoles como el texto de la esperanza.

Confusas e incompletas llegaban a Vitoria las noticias del triunfo republicano. Como un reguero de pólvora, el optimismo de un posible éxito de los partidos de izquierda se infiltraba por los talleres y fábricas, cuyos obreros, cesando el trabajo, se sumaban alegremente a los manifestantes, aumentando la oleada que estrepitosamente se acercaba a la calle de Dato.

A mediados de la tarde, una parte numerosa de los treinta mil habitantes que contaba Vitoria se hallaba reunida frente al local del periódico *La Libertad*, esperando impacientes, ávidos de saber, la salida de la próxima edición. A la aparición de los vendedores con los brazos cargados de la hoja extraordinaria, la muchedumbre se precipitó hacia ellos dejándoles al cabo de unos segundos sin un solo ejemplar.

Con la rapidez de un soplo de viento, la noticia se propagó de un extremo al otro de la calle. Se confirmaba la victoria republicana, Alfonso XIII había dimitido y un comité revolucionario se había erigido en gobierno provisional de la república.

---

(3) 1930.
(4) Un recrudecimiento.

Un tumulto indescriptible se levantó al extenderse la noticia. Canciones hasta entonces subversivas brotaban de coros improvisados y los acentos de "La Marsellesa" vibraban potentes como un desafío al régimen vencido. Los vivas a la República se sucedían en una efusión de alegría colectiva. De pronto, obedeciendo a voces que recomendaban silencio, decreció la intensidad del ruido y las miradas se dirigieron hacia la bocacalle de los Fueros, desde donde alguien, con palabras que se perdían por la distancia, arengaba a la multitud. El final de su discurso fue una frase que en unos segundos cubrió, al ser repetida por miles de gargantas, todo el ámbito de la calle: "¡A la cárcel!, ¡a la cárcel!". El entusiasmo se acrecentó cuando varias banderas republicanas se pusieron a la cabeza, iniciando la marcha de la manifestación.

A la llegada de los primeros manifestantes a la calle de la Paz, donde se erigía el edificio carcelario, la gran puerta de entrada, habitualmente abierta durante el día, se hallaba entornada y protegida por un piquete de soldados en guardia reforzada. Al cabo de unos minutos, la situación devino crítica. Enardecidos por la atmósfera de agitación provocada por las canciones y gritos de libertad, e impulsados por el atrevimiento que da la impresión de impunidad, el anonimato al abrigo de un grupo numeroso de personas, varios manifestantes comenzaron a exhortar a la multitud para lanzarse al asalto y sacar los presos por la fuerza. La intervención de una delegación que se había avanzado para dialogar con el oficial que comandaba los soldados y las palabras que uno de sus miembros pronunció, apaciguaron momentáneamente los ánimos excitados. A la enorme algarabía sucedió un profundo murmullo cuando el Comandante invitó a la comisión a penetrar al interior de la cárcel para entrevistarse con el Director.

No habría pasado un cuarto de hora cuando los centinelas abrieron las puertas de la prisión de par en par. Al silencio de suspenso que se había apoderado del inmenso gentío sucedió un brusco movimiento de agitación manifestado por voces y gestos de alegría, que partiendo de las personas más cercanas al edificio se extendió en el espacio de unos segundos para transformarse en emocionante ovación de saludo, por la presencia en el umbral de la puerta de los miembros de la comisión y de todos los presos políticos liberados por orden telefónica del Gobernador. Sin poder contener las lágrimas, los presos, blandiendo los brazos en alto y dando vivas a la República, se vieron rodeados, abrazados e izados a hombros de manifestantes entusiastas.

Una hora después la Plaza de Alfonso XIII (Plaza de los Arcos) se hallaba abarrotada de personas, que silenciosas y atentas convergían sus miradas hacia los balcones del Ayuntamiento, desde donde varios oradores, entre los que se encontraban una parte de los presos liberados, apostrofaban la monarquía y sus dirigentes, prometiendo que el régimen democrático instaurado suprimiría las injusticias aportando la felicidad al Pueblo.

Felipe vivió este 14 de abril de 1931, al igual que muchos otros vitorianos, como espectador interesado y divertido por un acontecimiento cuya importancia se le escapaba, pero, inconscientemente, y a pesar de la ausencia de iniciativa política, no pudo substraerse a la atracción ejercida por el entusiasmo eufórico de los manifestantes. Viendo que eran obreros como él, se sintió captado por una fuerza indefinible que le impulsó a unirse a ellos para integrarse al regocijo general. Fue aquel día, a la edad de 18 años, que Felipe gritó por primera vez en su vida: "¡Viva la República!".

Pasados los primeros días que sucedieron a la proclamación de la República, Vitoria recobró su aspecto normal. El solo hecho a destacar era la actividad desplegada por las diferentes organizaciones políticas y sindicales que, habiendo adquirido el derecho de existir públicamente, se manifestaban distribuyendo

octavillas de propaganda y organizando mítines y conferencias. Fue a partir de este momento que comenzó para Felipe una nueva existencia.

Desde su salida del Hospicio hasta la edad de 14 años frecuentó la Escuela primaria del Portal de Urbina, de donde, habiendo aprendido a leer, a escribir y las cuatro reglas, comenzó el aprendizaje como ebanista en una fábrica de muebles.

Tenía Felipe 18 años en el momento en que vivió aquella su primera experiencia de transformación social. La proclamación de la República fue para él un escape del resorte liberador de la contención impuesta por los prejuicios de su educación tradicionalista.

Otra de las causas que estimularon a Felipe a abrazar las ideas de renovación fue el encuentro, en el taller donde trabajaba, con Daniel, un obrero conocido por su actividad de militante en el sindicato de la C.N.T.

La simpatía que se inspiraban recíprocamente Daniel y Felipe no tardó en convertirse en verdadera amistad, a tal punto que era raro verlos separadamente en la calle cuando iban o volvían del trabajo.

La facilidad de palabra de Daniel y la sincera convicción que emanaba de sus exposiciones teóricas hicieron en poco tiempo de Felipe un prosélito de su doctrina. Las ideas avanzadas de Daniel fructificaban en su cerebro como grano de simiente en tierra fértil. Poseído del deseo de saber, Felipe bebía las palabras que le explicaban el proceso a seguir para la realización de una sociedad de libertad y de justicia basada en el respeto mutuo, sin distinción de pobres y ricos. Una sociedad de igualdad en derechos y deberes.

Al término de unos meses de relación cotidiana entre los dos amigos, la mentalidad de Felipe había cambiado profundamente. Estimulado por el ejemplo de Daniel, ingresó en su organización, donde comenzó a interesarse en la lectura de los libros expuestos en la biblioteca del sindicato.

La toma de conciencia social permitió a Felipe seguir de manera consecuente el desarrollo de las elecciones de Diputados a la Asamblea Nacional, que se celebraron el 28 de junio, dos meses y medio después de la proclamación de la República, y que fueron la confirmación del triunfo de las izquierdas, con el nombramiento de 191 Diputados de diferentes partidos republicanos y de 161 pertenecientes al partido socialista.

Este resultado fue una sorpresa desagradable para los monárquicos, quienes a pesar de su fracaso en las elecciones municipales del pasado 14 (5) de abril, contaban recuperar la mayoría perdida, contando que el electorado católico respondería al llamamiento lanzado por el Primado de Toledo, Monseñor Segura, que aconsejaba a los españoles votar contra la República. Por otra parte, los incidentes que se desarrollaron en Madrid el 10 de mayo, a consecuencia de una reunión celebrada en la calle de Alcalá por incondicionales de Alfonso XIII, y que se derivó en enfrentamientos violentos entre monárquicos y republicanos, dando origen a incendios de iglesias y conventos en varias ciudades españolas, les hizo creer que la opinión pública les sería favorable. Pero estos sucesos, lejos de pesar en su favor, lo hicieron en su desventaja, ya que la mayoría de los españoles habían admitido como justa la versión del Gobierno provisional de la República, que les había acusado de ser responsables de los disturbios y de haberlos provocado voluntariamente.

(5) 12

Como sus camaradas de trabajo, Felipe confiaba en que el Gobierno constituido después de las elecciones del 28 de junio bajo la presidencia de Alcalá Zamora, atacaría inmediatamente la solución de los graves problemas económicos, no velando las desigualdades sociales para mejorar las condiciones de vida de la clase obrera. ¡Pero esta esperanza fue de corta duración!

En lugar de responder con actos positivos a las aspiraciones populares, el Gobierno empezó a practicar una política de tolerancia hacia la burguesía, el ejército y el clero, concediendo las mismas prerrogativas a los enemigos de la República que a los que habían luchado por ella, con el pretexto de no amedrentar a los dueños de las finanzas y al objeto de evitar que sabotearan la economía nacional. Esta táctica gubernamental fue un verdadero fracaso. Las fuerzas reaccionarias, desembarazadas del temor de repercusiones revolucionarias, frenaron la producción, aumentando el paro obrero y originando de hecho una situación de descontento general que favorecía sus actividades de boicot al régimen republicano.

Viendo que las promesas electorales no se realizaban con la prontitud esperada y que las escasas ventajas adquiridas no correspondían a sus aspiraciones, los obreros, decepcionados, comenzaron a manifestar su descontento con huelgas y manifestaciones.

Fue en este ambiente de tensión social que Felipe recibió su educación de militante sindicalista, pasando en unos meses de la ignorancia más completa del mundo de la lucha de clases a una actividad intensa en el seno de la misma.

Uno de los factores que influyeron en su rápida transformación fue la impregnación de misticismo recibida durante su estancia en el Hospicio. Su fanatismo en la doctrina de Cristo, asesinado por haber defendido a los oprimidos y desheredados, facilitó su aceptación de las ideas preconizadas por los autores de los libros de la biblioteca del sindicato, escritos por Bacounine (6), Malatesta, Reclus y tantos otros, que promulgaban por redimir la humanidad de la esclavitud y la miseria para orientarla hacia una sociedad en la que todo el mundo pudiera gozar de los dones de la naturaleza y del usufructo de la riqueza del trabajo colectivo.

Esta similitud en las aspiraciones de Cristo mártir y las contenidas en la doctrina expuesta por los idealistas libertarios, basadas las dos en el deseo de un mundo de fraternidad, fue el estímulo espiritual de la actitud de Felipe. En el fondo, las dos concepciones eran paralelas. La diferencia consistía en la forma de actuar para alcanzar el objetivo. Es por lo que el paso de una a otra de las dos tendencias se operó en el espíritu de Felipe de la manera más natural, sin rudeza, con la simplicidad de quien toma un atajo para acortar el camino que le separa de su destino.

Hechos de transformación semejante no eran únicos. Entre sus camaradas del sindicato, Felipe había encontrado antiguos compañeros del Hospicio que, como él, habían abandonado el surco de la religión católica para entrar en el del ateísmo. Esto era una prueba del cambio radical que se producía en España a partir de la desaparición de la monarquía. El pueblo, sometido a la férula de la iglesia durante siglos, reaccionaba bruscamente con sentimientos de oposición hacia los que consideraba responsables de sus males, y se abría al anticlericalismo. Como un ejemplo demostrativo, Felipe citaba el caso que vivió personalmente en el pueblo riojano de Briones. Una noche que había participado en un mitin

(6) Bakunin.

con su amigo Daniel, después de haber cenado en grupo, en casa de un dirigente del sindicato local, éste, vistiéndose con una túnica penitente que dejaba su espalda al descubierto, explicó que en la procesión de la Semana Santa del año anterior había desfilado por las calles del pueblo haciéndose flagelar públicamente.

III

En marzo de 1932, a un mes del aniversario de la instauración de la República, el gobierno no había satisfecho aún las principales reivindicaciones de los trabajadores. Es más, a consecuencia de la política de pusilanimidad, industriales y terratenientes acrecentaban las maniobras de sabotaje al régimen, multiplicando los cierres de fábricas y abandonando el cultivo de las tierras. Este deterioro voluntario de la economía nacional acrecentó la miseria social y se tradujo en una recrudescencia de conflictos huelguísticos en todo el país.

La excitación producida por el ambiente de contienda permanente repercutió en la vida interior de las organizaciones sindicales con un incremento de reuniones y asambleas que atraían una gran afluencia de obreros a los locales de las dos principales centrales, que eran la U.G.T. y la C.N.T.

Raro era el día que la calle Ortiz de Zárate no presentara a partir de las siete de la tarde una extraordinaria animación por la circulación de grupos de obreros dirigiéndose al local de la C.N.T., situado en uno de sus entresuelos.

Entre los asiduos asistentes al sindicato se contaba Felipe, quien por su visible interés por la lectura y sus intervenciones orales en las asambleas, captó en poco tiempo la confianza de sus compañeros. Conducta que le valió el nombramiento de vocal y, al cabo de unos meses, de secretario del ramo de la madera.

A partir de esta época de su existencia las principales actividades de Felipe se resumieron en tres objetivos: trabajo, sindicato y montaña. Poder continuar trabajando en la fábrica para seguir percibiendo todos los sábados el salario que, aunque escaso, agregado al de su madre y hermanos, permitía a la familia vivir con cierto desahogo. Para conseguir la conservación de su empleo, Felipe pagaba de su propia persona, esforzándose en el trabajo sin cesar, pues sabía que su plaza estaba amenazada desde el día en que su patrón, descontento de la influencia que ejercía sobre sus compañeros de taller, había anunciado su intención de despedirle a la primera ocasión favorable.

Desgraciadamente para Felipe, el pretexto acechado por su patrón para desembarazarse de él se presentó de la manera más imprevista: fue a fines del mes de marzo de aquel año 1932. La federación local de sindicatos de la C.N.T. de Vitoria había organizado una gira, con tres autocares, a San Vicente de la Sonsierra al objeto de establecer un contacto con los militantes de los pueblos de la Rioja, en un intercambio de ideas y opiniones. La comunicación entre los obreros de la capital y los trabajadores de la viña se estableció rápidamente, y la conversación por grupos reveló la coincidencia de aspiraciones hacia un mismo objetivo. Todo se pasaba dentro de la más completa armonía. Las vituallas contenidas en sacos y mochilas habían sido consumidas en una campa a proximidad del puente de piedra que atravesaba el Ebro y la alegría desbordaba con canciones entonadas a coro por cientos de personas, cuando un número impresionante de piquetes de la Guardia Civil hicieron su aparición sobre el puente y los montículos del otro lado del río, mientras que otros Guardias descendían desplegados por la empinada cuesta de San Vicente. Al cabo de unos minutos, el encercamiento (7) fue total y la orden sin réplica de disolver la reunión, lanzada por

(7) Cerco.

un oficial y apoyada por la presencia amenazadora de los mosquetones, fue ejecutada en medio de protestas, sin llegar al enfrentamiento violento. La dispersión se desarrollaba sin incidentes, cuando varios Guardias Civiles, por exceso de celo en el cumplimiento de su deber o para dar rienda suelta a su animosidad contra los que, para ellos, alteraban el orden público, comenzaron a cachear a las personas que, frenando voluntariamente el paso, no habían terminado de subir la cuesta que conducía a lo alto del pueblo. Felipe, que se encontraba en este grupo de rezagados, se preguntó más tarde por qué el Guardia Civil que le registró había sido tan meticuloso para examinar hoja por hoja el cuaderno que le sacó del bolsillo. Felipe tenía la costumbre de hacer borradores, que le servían de base en su correspondencia, como secretario del ramo de la madera, con sindicatos de otras localidades y los conservaba frecuentemente hasta la próxima reunión del comité para informar con su lectura al resto de los miembros. Fue uno de estos borradores lo que llamó la atención del Guardia Civil, quien, con muestra de satisfacción triunfal, se precipitó hacia su jefe para mostrarle el presunto cuerpo del delito. Un cuarto de hora después, Felipe atravesaba el puente de piedra custodiado por tres parejas de la Guardia Civil y esposado a otros dos detenidos que habían lanzado palabras injuriosas contra el benemérito cuerpo. Aquella noche Felipe y sus compañeros durmieron en la cárcel moderna de Logroño. A pesar de la campaña de protestas, apoyada por la prensa confederal con la publicación de artículos firmados por hombres como el Doctor Isaac Puente, la detención duró una semana. Al recobrar la libertad, Felipe había dado involuntariamente a su patrón el pretexto para despedirlo: ausencia prolongada al trabajo sin justificación.

Afortunadamente, el paro forzoso de Felpe no duró más de quince días, al cabo de los cuales consiguió encontrar trabajo en un taller de ebanistería contiguo a la plaza del ganado. Su nuevo patrón era un hombre cultivado que había abandonado el ejercicio de una carrera para hacerse cargo de la empresa familiar a la muerte de su padre. Su solo defecto, aparente, era la nerviosidad que expansionaba, poniendo el grito en el cielo en los momentos de contrariedad. Pero los obreros se habían insensibilizado a estos arrebatos de mal humor por el hábito de la frecuencia.

Llevaba Felipe trabajando diez días en aquel taller cuando la celebración del primer aniversario de la República. Aquella fiesta nacional se desarrolló en Vitoria envuelta en una atmósfera de inquietante agitación. Para demostrar el descontento contra la política gubernamental, varias organizaciones, y entre ellas la C.N.T., habían decidido el boicot de la fiesta aniversario. Por la mañana, durante el desfile de los gigantes y cabezudos, una de las alteraciones que tuvo lugar frente a la plaza de la Virgen Blanca entre miembros de la U.G.T. y del partido socialista contra grupos que manifestaban su desacuerdo, terminó en aparatosa espantada por la caída de dos gigantes en medio de la gente. Por la noche, la municipalidad había organizado un baile público en el parque de La Florida. La banda de música empezaba a tocar el primer pasodoble cuando todas las luces se apagaron bruscamente. Como el apagón no había durado más que unos segundos, todo el mundo creyó que se trataba de una avería ordinaria. Fue a la mañana siguiente, a la lectura de los periódicos, que los vitorianos supieron el origen del incidente: varios postes de las tres líneas de alta tensión que suministraban de corriente la fábrica de electricidad situada en el Portal de Ali habían sido dinamitados.

A consecuencia de este sabotaje atribuido a la C.N.T., varios de sus militantes fueron encarcelados y el local de dicho sindicato clausurado por orden gubernativa.

Los días que siguieron aprendieron a Felipe a evolucionar en las actividades clandestinas de su organización. La asistencia a reuniones secretas de los comités, la colaboración a la impresión nocturna de manifiestos y octavillas en una vieja máquina multicopista, jugando al escondite con la policía, le enseñaron una fase de la lucha revolucionaria hasta entonces desconocida.

Esta primera clandestinidad vivida por Felipe fue de corta duración ya que al cabo de un mes las autoridades levantaron la clausura del sindicato, que estableció su domicilio en la calle Pintorería, en un local que había servido anteriormente como almacén de carbón y leña.

Era allí que Felipe acudía todas las noches. Si al principio el motivo de su presencia había sido puramente sindical, posteriormente su asiduidad respondía a otra causa de atracción. En cumplimiento de un acuerdo tomado en el seno de la organización, se constituyó en Vitoria una sección de Juventudes Libertarias adherente a una Federación Nacional, cuyo centro fue instalado en un local anexo al sindicato, con la designación de Ateneo Libertario. Era éste el lugar de reunión de aquellos jóvenes que, iniciados o no a las ideas libertarias, acudían cotidianamente en busca de cultura y amistad.

La cultura, porque la pequeña biblioteca proveía la lectura que servía de tema a la discusión por la mejor comprensión de los textos, satisfaciendo el deseo natural de aquellos jóvenes que habían tomado consciencia de la responsabilidad del momento y trataban de elevar su nivel intelectual, empleando el recurso autodidacta, único medio de los que no disponiendo de otro bien que la propia voluntad no pueden pagar sus estudios.

La amistad la encontraban en los lazos de afinidad nacidos del contacto frecuente entre personas sometidas al mismo problema, aspirando a la misma solución y que, en coincidencia de ruptura con las distracciones ofrecidas a la juventud por la sociedad, habían decidido abandonar el carril de la tradición para caminar hacia una existencia más sana de cuerpo y espíritu, siguiendo los derroteros del contacto con la naturaleza.

La mayoría de los jóvenes que frecuentaban el Ateneo practicaban el excursionismo montañero. Los sábados y vísperas de fiestas se concertaban en el local para decidir el objetivo del día siguiente: Gorbea, San Vítor, Toloño u otra de las numerosas montañas que confinan la capital alavesa. Al igual que sus compañeros, Felipe salía todos los domingos de la Capital al amanecer, bajo no importaba qué tiempo, la mochila sujetada a la espalda, a pie o a bicicleta, integrado al grupo que regularmente se formaba en la plaza de la Virgen Blanca.

Cuando los lunes, en la puerta del taller, esperando la hora de comenzar el trabajo, los obreros comentaban las proezas de las vísperas, si Felipe, respondiendo a las cuestiones, decía que había pasado el domingo en el monte, más de uno sonreía irónicamente y no faltaba quien dijera que no merecía la pena trabajar toda la semana para pasar el día de descanso con las cabras. Felipe eludía la respuesta con un encogimiento de hombros, pues sabía que sus argumentos no eran aceptados por la mayoría de sus camaradas y evitaba repetir otra vez las mismas palabras, es decir, criticarles porque se desriñonaban durante toda la semana esperando el día de asueto, para olvidar momentáneamente su vida de miseria vistiendo el traje dominguero y la corbata obligatoria para entrar en las salas de baile y embriagarse de alcohol y aire corrompido.

Uno de los méritos de que alardeaba Felipe era el haber conseguido substraerse a la atracción de aquellas distracciones, razón por la que la opinión desfavorable de sus camaradas de taller le daba más pena que contrariedad.

¡No, Felipe y sus amigos no se aburrían en la montaña!

Alejarse del bullicio de la Capital, marchar por las frondosidades de un campo inundado de sol y aire puro, seguir los surcos impresos en el camino por las ruedas de carros de bueyes al hundirse bajo el peso de las cargas de leña, aspirar el humus en el suelo cubierto de hojarascas desprendidas de árboles centenarios, zigzaguear por estrechos senderos batidos por rebaños para al fin llegar a la cumbre venciendo la pronunciada pendiente. ¡Qué bella recompensa al esfuerzo personal! Una vez en la cima, jadeantes y transpirando, admirar el maravilloso espectáculo que se extiende al horizonte. Reconocer el camino que se ha seguido, dar el nombre correspondiente a los pueblecitos miniaturizados por la distancia y, en la exaltación eufórica del momento, resentir la inspiración del optimismo. ¡Qué fácil parece desde la cumbre acordar las ideas como remedio a todos los males que agobian a los humanos!

Frecuentemente, durante el descenso de retorno a la Ciudad, el grupo de Felipe encontraba otros excursionistas que habían pasado el día en la montaña. A veces se trataba de personas desconocidas, pertenecientes a otro medio social, lo que no impedía que inmediatamente se produjese una corriente de simpatía general cuya causa no era otra que el mutuo amor a la naturaleza y que más de una vez se exteriorizaba tomando todos juntos el mismo camino y cantando alegremente las mismas canciones.

En aquel mes de agosto de 1932, la situación social en Vitoria, como en el resto del País, devenía preocupante, no solamente por la deterioración (8) económica e industrial que repercutía en un aumento alarmante del paro forzoso, sino y sobre todo, por la amenaza de un ataque a las instituciones republicanas, de la parte de ciertos conspiradores civiles y militares. El fundamento de este temor no fue vano y los acontecimientos que se produjeron el día 10 del mismo mes lo confirmaron.

Creyendo contar con el apoyo total del ejército español, el General Sanjurjo intentó un golpe de Estado. Afortunadamente, se había tomado la precaución de detener varias personas complicadas, desorganizando de este modo el complot. Solo la capital sevillana se sumó a la rebelión y, aparte de algunas escaramuzas en Madrid, no hubo alteración del orden público en España. Viendo frustrado su proyecto, Sanjurjo trató de huir a Portugal pero las autoridades republicanas lo detuvieron en la provincia de Huelva, cerca de la frontera. Juzgado y condenado a muerte, el Presidente de la República, Alcalá Zamora, conmutó su pena en cadena perpetua y fue encarcelado en el Penitenciario de Santoña. Los otros ciento cuarenta inculpados fueron condenados a penas de menor importancia y deportados a Villa Cisneros.

El fracaso de aquella tentativa de sublevación militar recrudeció la acción de los partidos y sindicatos de izquierda, recabando del Gobierno, no solamente el cumplimiento de las promesas hechas durante el periodo electoral, sino también las medidas de seguridad necesarias para evitar la reproducción de un golpe militar, disponiendo depósitos de armas en los Gobiernos Civiles de cada Capital, que en caso de agresión a la República serían distribuidas al pueblo para su defensa.

IV

Hasta aquel entonces, Felipe no había tenido la ocasión de frecuentar sentimentalmente ninguna mujer. Desde su salida definitiva de la escuela, más de una vez se sintió atraído por la simpatía o la belleza de una de aquellas vecinas de

(8) El deterioro.

su calle y que frecuentemente su pensamiento atraía en imagen en los momentos más íntimos de su soledad. Pero jamás sus relaciones fueron más allá que las conversaciones anodinas y los acompañamientos en grupo.

Fue en el Sindicato que Felipe encontró una nueva ilusión, esta vez de carácter sentimental.

Entre las mujeres que frecuentaban el local, Felipe había reparado en la presencia de una muchacha de aspecto agradable, que le sonreía cada vez que sus miradas se cruzaban. Enardecido por lo que él tomaba por una manifestación amical, un día Felipe se decidió a establecer el contacto. Las frases cortas y banales del principio no tardaron en convertirse en conversaciones prolongadas, y a partir del día que Carmela aceptó su invitación para ir al cine, todas las noches se les veía salir juntos del sindicato o del ateneo.

Aparte los días de asamblea general, Felipe y Carmela dejaban el centro hacia las nueve de la noche tomando la dirección del parque de la Florida y, después de haber dado un paseo por la avenida principal, se sentaban en uno de los bancos que la limitaban. Su preferencia iba siempre al mismo banco, alumbrado por la proximidad de un foco eléctrico, preferencia en contradicción al deseo de la mayoría de las parejas, que buscaban generalmente los lugares más obscuros. Era la necesidad de claridad para examinar el cuaderno escolar que Carmela presentaba a Felipe y que éste corregía de faltas de ortografía durante su paseo nocturno. Había sido Felipe quien tuvo la idea de estos ejercicios cuando Carmela le confesó tímidamente que en el sanatorio donde había pasado la mayor parte de su infancia no le habían enseñado a escribir.

Aquel banco había adquirido una tan grande importancia en el curso de su paseo que terminaron por llamarle familiarmente “nuestro banco”, y si al acercarse lo veían ocupado por otra pareja, el uno o el otro, exteriorizaba su resentimiento con la frase habitual de “¡Ya nos lo han quitado!”.

Una noche que el caso se produjo, Felipe contó a Carmela la artimaña empleada por uno de sus amigos para recuperar el banco en que el grupo de camaradas tenía la costumbre de sentarse. Alguien aconsejó coger el banco siguiente que se encontraba vacío, pero el amigo en cuestión, después de haber juzgado la apariencia burguesa de las dos señoras que lo ocupaban, hizo parar el grupo y, simulando una disputa, empezó a lanzar diatribas contra la religión. Las dos mujeres horripiladas se levantaron bruscamente y, mientras se iban precipitadamente, una de ellas santiguándose decía a su vecina: “¡Dios mío, que juventud!”.

Aquel otoño de 1933 se presentaba bajo signos muy desfavorables para la República Española. La tendencia reaccionaria, simpatizante del régimen totalitario de Benito Mussolini, había recibido con el triunfo de Adolph Hitler un nuevo estímulo a su acción antidemocrática y redoblaba su arrogante actividad, presentando la imagen del fascismo como única solución al marasmo nacional. Esta situación degradante del panorama español preocupaba grandemente al sector progresista del país y aumentaba el contacto entre los diferentes partidos políticos, al objeto de acordar los medios para hacer frente a la peligrosa progresión del movimiento fascista.

Como todos sus compañeros de organización, Felipe vivía intensamente la actualidad del momento, pero, a consecuencia de un hecho que le atañía personalmente, su preocupación primordial era de otro orden.

Hacía tres días que el taller se hallaba en huelga. La reivindicación defendida por los obreros no era de carácter salarial; se trataba de un gesto de solidaridad con un compañero que el patrón había despedido y este compañero era Felipe. El conflicto partió de un incidente. Felipe no ignoraba que por su responsabili-

dad de militante sindical era el punto de mira de sus compañeros, quienes no hubieran comprendido otra actitud de su parte cuando el hecho se produjo, so pena de decepcionarles. Su patrón le había ordenado ayudar a los barnizadores para terminar un trabajo urgente. Se trataba de frotar con crin y trapos unas piezas de madera destinadas al montaje de un mueble. Cada vez que el patrón se acercaba al grupo para controlar el avance del trabajo, dejaba ver su descontento, reprochando la lentitud y pidiendo mayor rapidez. Había entre los barnizadores un hombre de edad avanzada, por lo que todo el mundo le llamaba afectuosamente "El Abuelo". Acomplejado por la edad y sabiendo las dificultades para conseguir trabajo en otra parte, "El Abuelo" soportaba sin rechinar todas las broncas que el patrón le dirigía, a tal punto que cuando éste se hallaba disgustado era siempre él quien pagaba las consecuencias.

En esta ocasión ocurrió que el patrón, furioso por el retraso en la ejecución del trabajo, atacó de nuevo al "Abuelo" tratándole de viejo, vago e incapaz. Al oír los gritos, los obreros que trabajaban en los bancos alineados lateralmente a lo largo del taller cesaron de trabajar y, apenados por el triste espectáculo, se miraron indecisos, como avergonzados de no decidirse a intervenir. De pronto, en el momento en que bajaban la cabeza sobre sus labores, se oyó el ruido de un choque violento contra una de las paredes del taller. En un sobresalto de sorpresa, todos los ojos se fijaron en aquel lugar donde un pie de mesa acababa de estrellarse. Había sido Felipe, quien viendo las lágrimas deslizar por las mejillas del "Abuelo" hizo una observación a su patrón y, cuando éste, con tono despótico, le ordenó callarse y continuar trabajando, Felipe lanzó impetuosamente contra el muro de enfrente la pieza que tenía en la mano. Los segundos que siguieron fueron de un silencio absoluto y pasado el momento de estupor se oyó la voz de Felipe acusando al patrón de explotador sin conciencia y de haber faltado al respeto a aquel hombre que por la edad podría ser su padre. El asombro había debilitado la voz del patrón, la contrariedad le enmudeció y tratando de recuperar su sangre fría empezó a repetir durante varios segundos las mismas palabras: "¡Váyase, está usted despedido! ¡Váyase!".

Felipe no cedió. Acusando al patrón de ser el solo responsable del incidente, como podían testimoniarlo todos los obreros del taller, no aceptaba la sanción de despido. Durante un rato se estableció entre los dos un pugilato de palabras, hasta que el patrón, en el colmo de la irritación, propuso a Felipe la paga de un mes, de dos meses, de tres meses, para que se fuera inmediatamente.

"Me iré si mis compañeros lo desean", respondió Felipe, y agregó: "Pero si mi persona le estorba, puede usted enviarme a hacer un recado fuera del taller; en ese caso, le obedeceré".

La reacción del patrón fue inmediata. No encontrando momentáneamente otra solución para salir de aquella situación que le ridiculizaba, recogió del suelo un trocito de madera y presentándoselo a Felipe le ordenó con voz autoritaria: "Tenga, lleve esto al almacén y diga a la señora que me encuentro bien".

Una vez en la calle, cerrando en la mano el pedazo de madera, Felipe pensó en lo cómico de la situación y, mientras marchaba hacia el almacén situado en la calle de Dato, se preguntaba si debía continuar al cabo de la acción. Pero su indecisión fue breve, no podría retroceder, el asunto devenía para él una cuestión de amor propio. ¿Qué dirían sus compañeros?

"El patrón le explicará", había respondido Felipe a la señora encargada del almacén cuando la pobre mujer, desconcertada por la extravagancia del caso, le pidió explicaciones.

A la mañana siguiente, como de costumbre, los obreros esperaban delante de la puerta del taller la llegada del patrón. Su "buenos días" se confundió con el

de sus obreros. Sacó la llave del bolsillo, la introdujo en la cerradura y sin abrir la puerta se volvió mirando fijamente a Felipe, al tiempo que le decía con voz de aparente tranquilidad: "El amo de este taller soy yo y he decidido no dejarle entrar; los otros pueden pasar".

"No merece la pena que abra usted la puerta", dijo uno de los obreros dirigiéndose al patrón. "En previsión a su actitud, hemos tomado el acuerdo de solidarizarnos con nuestro compañero". Y terminó: "Así pues, entramos todos o ninguno".

"Como ustedes quieran", fue la respuesta, y después de haber metido la llave en el bolsillo, añadió: "Seguiré viniendo todas las mañanas a las ocho, pero no abriré hasta que no hayan aceptado mi decisión".

Durante una semana se produjo la misma escena. A las ocho, todos los obreros esperaban delante de la puerta y, después del ritual "buenos días", el patrón preguntaba: "¿Abro?". La respuesta era inmediata: "Sí, abra, pero entramos todos juntos". Invariablemente, el patrón levantaba los hombros y agregaba: "Entonces, hasta mañana".

Por fin, el patrón cedió, no sin haber impuesto a Felipe una condición. "Yo sigo siendo el amo aquí", dijo a los obreros reunidos en el momento de abrirles la puerta. "Hasta ahora les he autorizado fumar en el interior del taller; en lo sucesivo, todo el mundo podrá hacerlo". Y mirando fijamente a Felipe terminó: "Aparte usted; a usted le prohíbo fumar".

Felipe estaba satisfecho de la manera que terminó el conflicto. A pesar de ser un gran fumador, pudo seguir satisfaciendo su vicio aumentando la frecuencia de sus visitas al retrete. Sabía que no podía contestar legalmente la prohibición del patrón, quien, en caso de infracción, alegaría una causa justificada para despedirlo.

Afortunadamente, para Felipe esta restricción duró poco más de un mes. Se hallaba trabajando en el torno, un cuarto de hora antes del mediodía, hora en que los obreros se iban a comer, cuando el patrón vino a él y le explicó que había olvidado un encargo y la promesa de entregarlo sin falta a la hora del reposo después de las doce del día. Era cuestión de tornear seis yoyos (9). Felipe preparó los trozos de madera y se puso a tornear. El trabajo era fácil y rápido pero un cuarto de hora no era suficiente para terminar los seis yoyos. Había llegado al segundo cuando el ruido de los mandiles de sus compañeros sacudiendo el polvo de sus ropas le anunció el mediodía. Lentamente, Felipe se acercó al interruptor y desconectó la manilla, paró el movimiento de la transmisión. Las poleas no habían aún terminado de inmovilizarse cuando el patrón, acudiendo al lado de Felipe, le preguntaba por qué no terminaba el trabajo.

"El tiempo extraordinario que va a emplear usted ahora, le dijo, podrá recuperarlo esta tarde si lo desea".

Felipe le miró sonriendo, mientras le decía con un aire sobrentendido: "Trate usted de comprender. En mi casa comemos todos los días a la misma hora y yo, que soy un gran fumador, como no puedo hacerlo en el taller porque me lo ha prohibido usted, me fumo uno o dos cigarrillos antes de ponerme en la mesa".

Al oír estas palabras el patrón lanzó una carcajada y exclamó: "Pero, ¿piensa usted aún en eso? No soy rencoroso, puede usted fumar cuando quiera".

(9) Yoyós.

"De acuerdo", aceptó Felipe. Metió el contacto, sacó un cigarrillo del bolsillo, lo encendió y colocándose delante del torno se puso a trabajar.

En España, la situación social seguía degradándose. En dos años de poder, el gobierno republicano continuaba respondiendo con promesas a las reivindicaciones de los trabajadores, y si como en el caso de los salarios concedió ciertas aumentaciones, éstas fueron absorbidas en poco tiempo por la subida equivalente o superior de los precios. Ejerciendo una política ambigua, los gobernantes no contentaban ninguna tendencia que fuera de izquierda o de derecha, viéndose poco a poco desprestigiados delante del País y, como consecuencia, en una posición delicada para su mantenimiento en el poder.

Desde el intento de golpe de estado de Sanjurjo, el gobierno actuaba en un ambiente de temor e inseguridad. El ejército había dado a entender que no toleraría la pérdida de sus privilegios y su fuerza amenazadora se erigía sobre la República como una espada de Damocles. Para tratar de evitar este peligro, el ministro de la guerra, Manuel Azaña, había tomado disposiciones, que según él deberían reducir el riesgo de un nuevo levantamiento militar. Una de las medidas fue la obligación a todos los Jefes superiores del Ejército de elegir entre el juramente de fidelidad a la República o el retiro a la vida civil, sin pérdida de sueldo. El resultado fue ilusorio y el Gobierno, a fin de evitar reacciones previsibles de descontento, se refugió en la tolerancia, dejando para más tarde la democratización del Ejército.

La actividad de los sindicatos y partidos de izquierda daba una agitación constante, que se exprimía (10) frecuentemente en la vía pública. La violencia de enfrentamientos entre manifestantes y las fuerzas llamadas del orden se había traducido por la muerte de más de cien obreros y estas muertes dieron a las derechas la ocasión de acusar hipócritamente al Gobierno republicano de asesinar al pueblo. El efecto de aquella situación confusa acarreó la dimisión del Gobierno y la convocatoria de nuevas elecciones legislativas para el día 19 de noviembre de 1933.

El resultado de aquellas elecciones fue una decepción para los republicanos. Numerosos obreros, influenciados por el llamamiento a la abstención lanzado por la C.N.T. y la F.A.I., se desinteresaron de votar y, mientras que los partidos de izquierda se presentaban a las urnas desunidos, la derecha y el centro formaban, con Gil Robles por la C.E.D.A. y Alejandro Lerroux por el partido radical, la alianza que les procuró la mayoría parlamentaria.

El presidente Alcalá Zamora designó a Alejandro Lerroux para formar el nuevo Gobierno y así comenzó el periodo que dos años más tarde los republicanos llamarían "Bienio negro".

V

El año 1934 Felipe lo vivió en un contexto completamente diferente al de la existencia que había sido la suya desde que comenzó a interesarse a la lucha social.

El 22 de noviembre del 1933, tres días después del triunfo electoral de las derechas, Felipe, que pertenecía al segundo reemplazo de su quinta, fue incorporado en filas en el cuartel de Ingenieros de Melilla.

(10) Expresaba.

Aquellos doce meses de servicio militar dieron a Felipe una experiencia suplementaria en sus convinciones (11) con respecto al ejército. El primer choque lo recibió cuando junto con los otros quintos del contingente penetró en el patio del cuartel. El Teniente instructor, que les había recibido con palabras paternalistas de bienvenida, terminó su discurso en un término que no dejaba duda sobre lo que iba a ser su existencia en el cuartel. "¡Soldados!, había dicho el oficial, no olvidéis que a partir de este momento vuestra casa es el cuartel y vuestra obligación la de obedecer ciegamente las órdenes recibidas, sin rechinar (12)", indicando con el brazo tendido el asta de la bandera que se erigía en medio del patio. Terminó. "Es por lo que os aconsejo colgar vuestras pelotas arriba de ese palo y no pensar en recuperarlas hasta el día en que salgáis licenciados".

Para aquellos jóvenes, comenzaba el verdadero aprendizaje de la vida de "Hombre", anunciado por sus padres cuando desde niños eran reprendidos por haber cometido una falta contra la corriente de las costumbres en vigor. Cuántas veces habían oído la famosa frase: "¡Ya verás cuando vayas a la mili, allí te enseñarán a vivir!".

Felipe sabía que la experiencia de la convivencia en común de los tres años pasados en el Hospicio le ayudaría a desviar los efectos depresivos de la disciplina y le daba una ventaja sobre el resto de sus camaradas, quienes viven por primera vez en su vida separados de la familia.

Pasada la novatada de los tres primeros meses, durante los cuales todos los quintos del reemplazo fueron saturados de instrucción militar, llegó el día de la jura de Bandera. Este acto fue para Felipe, a fuerza de emplearlo como argumento de defensa, todas las veces que más tarde le acusaron de traidor a la Patria, de una importancia capital. Se veía en el patio del cuartel junto a los otros soldados de su compañía, maniquí uniformado, reluciente de betún y lustro escuchando la arenga de un oficial superior y desfilando acto seguido delante de la Bandera Española, jurándole fidelidad hasta la muerte. Los que a partir de 1936 trataron a Felipe y a los que actuaron como él de felón, debían ignorar que la bandera en cuestión era la Republicana.

Al poco tiempo de su estancia en el cuartel, Felipe se dio cuenta de que ciertos sargentos de su compañía le trataban con deferencias, exentándole frecuentemente de servicios de limpieza y cocina. Su comportamiento, no siendo diferente al de sus camaradas, buscaba la causa de este tratamiento de favor. La respuesta se la dio el sargento, que un día le preguntó amistosamente si tenía familia en Melilla. Al contestar Felipe negativamente, aquél agregó con sonrisa de inteligencia: "Es simple curiosidad por mi parte, porque casi todas las veces que se te ve en la calle o en los cafés estás acompañado de civiles que residen en Melilla".

En lo sucesivo, Felipe sabía a qué atenerse. Si ciertos cabos y sargentos habían dado cuenta de sus frecuentaciones con paisanos de la Capital, era casi seguro que no ignoraban la personalidad de éstos, militantes de la C.N.T. y de la F.A.I., y que el guión de unión no podía ser otro que el de la fraternidad ideológica. En realidad no se equivocaban, pues cuando Felipe salió de Vitoria llevaba en el bolsillo el aval que le permitió entrar en contacto con la organización libertaria.

---

(11) Convicciones.
(12) Rechistar.

Felipe redoblaba su prudencia desde que supo la sospecha que pesaba sobre él y no se dejaba engañar por la complacencia que le manifestaban. Sabía que si le trataban con cierta consideración no era por él mismo, sino porque aquellos jefes subalternos pernoctaban fuera del cuartel cuando estaban exentos de servicio y evitaban ser víctimas de una de aquellas frecuentes agresiones nocturnas que grupos de civiles administraban a militares, como represalia por los malos tratos recibidos por soldados miembros de la organización, al interior del cuartel.

Como el resto de sus compañeros, Felipe contaba el tiempo que le faltaba para cumplir el año de servicio. Diez meses habían pasado sin el menor contratiempo y esperaba que los dos restantes no serían (13) diferentes. Desgraciadamente, sus ilusiones fueron contrariadas por una desagradable sorpresa.

Una noche, al pasar la lista de retreta, en el dormitorio de la compañía, el Sargento de cuartel, leyendo la orden de servicio para el siguiente día, citó el nombre de tres soldados que cambiaban de destino y pasaban al Batallón de Zapadores de Marruecos, compañía residente en Tafersif. Al oír su nombre, Felipe sospechó la verdadera causa del traslado, sospecha que se confirmó al siguiente día, cuando conversando con los otros soldados que, procedentes de diferentes cuarteles de la guarnición habían tomado plaza en el mismo camión con rumbo al nuevo destacamento, constató que todos los componentes de la expedición habían militado, antes de su ingreso en filas, en partidos o sindicatos de izquierda.

Al descender del camión, a su llegada a Tafersif, las dudas que podían mantener aún sobre las causas de su traslado y el objetivo del mismo terminaron de disiparse. El cuartel, largo edificio de ladrillos construido en planta baja, dominaba de lo alto de la colina, aproximadamente a un kilómetro de distancia de la pequeña aglomeración de chavolas de adobe ocupadas por los moros.

En pocos días, Felipe y sus compañeros se apercibieron de su aislamiento completo, condenados a vivir sin contacto posible con la población civil española y sin ninguna relación al exterior del cuartel ya que los moros, solos habitantes del lugar, se mostraban hostiles a todo acercamiento, rehusando la conversación con los militares. Felipe no ignoraba que aquel comportamiento era la reminiscencia de diez años atrás, cuando por aquella campaña rifeña se batían a muerte el ejército español y los partidarios de Abd El-Krim.

La mayoría de los soldados del acantonamiento declinaban hacia el aburrimiento. La monotonía de su existencia cuartelera les hacía resentir más agudamente la privación de distracciones. Alejados de las salas de cinema, cafés y paseos públicos de Melilla, se veían supeditados a organizar sus propios pasatiempos, para tratar de engañar la penible (14) sensación de fastidio que les agobiaba.

Para substraerse a la funesta influencia del ambiente que les envolvía, Felipe pasaba todo su tiempo libre a leer, leer no importaba qué, periódicos, revistas, novelas. Felipe había adquirido la facilidad de refugiarse en el recurso de la lectura en todas las circunstancias difíciles de su vida, obstinándose en pensar en otra cosa cuando el momento presente sobrevenía insoportable.

A principios del mes de octubre empezaron a circular al interior del cuartel noticias alarmantes. Se decía que, en Barcelona, Companys había proclamado la separación de Cataluña con el resto de España y que en Asturias los mineros

(13) Fueran.
(14) Penosa.

habían formado un gobierno obrero revolucionario. Faltos de fuentes de información, los soldados se libraban a toda suerte de comentarios, que alimentaron durante varios días las ideas más extravagantes. La realidad iban a conocerla dos meses más tarde al llegar a sus casas licenciados, después de haber hecho un mes suplementario de servicio militar.

A principios del mes de octubre de 1934, la situación interior española presentaba un aspecto social volcánico. El acaparamiento de ministerios por representantes de partidos reaccionarios había desencadenado un acrecentamiento de actividad en sindicatos y centros de izquierda, que para contrarrestar el peligro de una política que amenazaba la existencia de la República, conduciéndola a un régimen de tipo fascista, habían acordado organizar una acción de contestación nacional desencadenando la huelga general.

Durante los tres últimos años, los obreros habían usado tan frecuentemente del recurso a la huelga que su empleo perdía el carácter de seriedad como acción suprema. Es por lo que cuando los sindicatos ordenaron aquel 4 de octubre cesar el trabajo los obreros pensaban que la huelga terminaría una vez más como las precedentes, en una eufórica manifestación callejera cantando "La Internacional" detrás de pancartas y banderas rojas o negras. Pero esta vez el alarde reivindicativo fue menos pacífico y el resultado una inesperada confusión dramática. a causa de que los trabajadores ignoraban, aparte de una minoría comprometida, que sirviéndose del descontento general los dirigentes de la U.G.T. y de los partidos Socialista y Comunista habían decidido aprovechar la ocasión de la huelga general para tratar de derribar el Gobierno.

En Barcelona, Luis Companys proclamó el Estado Catalán, pero a consecuencia de discrepancias entre los autonomistas y las organizaciones libertarias C.N.T. y F.A.I., que rechazaron su adhesión al movimiento separatista, éstos se encontraron en estado de inferioridad para hacer frente a las fuerzas gubernamentales, que vinieron fácilmente al cabo de la rebelión después de haber provocado la muerte de una veintena de personas.

En Madrid, las simples escaramuzas de las primeras horas de la huelga no tardaron en convertirse en serios enfrentamientos entre la policía y grupos de obreros armados, que habían tratado de tomar de asalto ciertos centros oficiales y comisarías de policía. Pero en Madrid, como en Barcelona, los anarquistas se negaron a colaborar con los marxistas, lo que debilitó la potencia material revolucionaria y permitió al Gobierno dominar rápidamente la situación, encarcelando a la mayoría de los dirigentes, entre los que se encontraba el socialista Largo Caballero.

Fue Asturias la sola Región Española que dio el ejemplo de unidad obrera. Al grito de U.H.P. (Unión Hermanos Proletarios), todas las tendencias revolucionarias formaron un solo bloque. Socialistas, comunistas y anarquistas se lanzaron al asalto de cuarteles y fábricas de armamento para recuperar las armas que les permitieron hacer triunfar momentáneamente la revolución. Unos cincuenta mil mineros en armas controlaban la Región, que había sido proclamada República Socialista. En todos los Ayuntamientos de la cuenca minera asturiana se instalaron comités revolucionarios que controlaban la vida económica de sus habitantes.

Desgraciadamente, el entusiasmo provocado por su triunfo fue de corta duración, pues el Gobierno de Madrid no tardó en manifestar su fuerza coercitiva. La amargura de los revolucionarios asturianos fue enorme al considerarse traicionados por el resto de los trabajadores españoles que, habiendo cesado la lucha, permitían al Gobierno concentrar todos sus efectivos contra un solo objetivo.

Las operaciones de represión contra los obreros asturianos fueros dirigidas por dos generales, Goded y Francisco Franco, a quienes el Gobierno había

encargado conjuntamente poner fin a la insurrección. La Legión Extranjera y los Regulares Marroquís, con el apoyo de la aviación, penetraron en Oviedo y Gijón y al cabo de quince días ocuparon toda la Región asturiana.

Los procedimientos empleados por el Tercio y los moros Regulares durante su campaña de pretendida pacificación fueron tan horriblemente inhumanos que el eco de sus excesos repercutió no solamente al interior de toda España sino a través del mundo entero. El número de víctimas de aquella sangrienta represión fue difícil a precisar. Las cifras más corrientemente avanzadas eran de 1.500 muertos, 3.000 heridos y 30.000 presos, pero de fuente procedente de parte de las víctimas los muertos se elevaban a 4.000

VI

De retorno a Vitoria, después de haber cumplido el servicio militar, Felipe se encontró de nuevo sin trabajo. En el espacio de un año la aumentación del paro forzoso en España había tomado proporciones alarmantes y todo dejaba presagiar que la situación, lejos de mejorar, continuaría degradándose. La causa de aquel estado de cosas era juzgada de dos maneras diferentes. De un lado, la oposición de izquierda, que acusaba la responsabilidad del gobierno por su política exclusiva de defensa incondicional de los intereses de la Patronal, que abusando de la impunidad se negaba a satisfacer las reivindicaciones salariales presentadas por los obreros, empleando sistemáticamente el boicot y frecuentemente el cierre definitivo de fábricas y talleres. Del otro lado, la mayoría parlamentaria y gubernamental, para quien la agravación del paro forzoso era la consecuencia de la intransigencia de los obreros que, manipulados por la izquierda, exigían aumentaciones exorbitantes.

Como en el resto de España, en Vitoria la carencia de trabajo repercutía en los hogares afectados, acarreando dificultades que se traducían frecuentemente en casos inquietantes de miseria. Como subterfugio paliativo contra la pobreza provocada por el paro, las autoridades vitorianas habían dispuesto una oficina en la planta baja del local del Ayuntamiento, situado en la calle Moraza (15), al objeto de controlar el número de obreros sin trabajo.

Como otros de sus camaradas, Felipe sabía que la solución al problema del paro forzoso no podía ser de carácter local y que la municipalidad de Vitoria no podría hacer otra cosa que contener la impaciencia de los parados, frenando sus manifestaciones públicas de descontento con la eventual posibilidad de un empleo.

En aquella época no existían subsidios de ayuda a los parados, pero éstos ignoraban que el hecho de estar inscritos en las listas municipales podía permitirles trabajar de vez en cuando en la refección (16) de calles y caminos o de formar parte de los equipos que en el invierno facilitaban la circulación de los peatones vitorianos limpiando la nieve de las aceras de la Capital.

Otra ventaja que los obreros inscritos al paro podían sacar era la facultad de beneficiar de la distribución de fondos colectados públicamente a favor de los parados.

Estas subscripciones se hicieron de más en más espaciadas, visto el resultado mediocre de las recaudaciones. La causa principal era la actitud de los comerciantes, que acusaban a los parados de aprovechar del tumulto en que termina-

(15) Mateo de Moraza.
(16) Reparación.

ban sus frecuentes manifestaciones en la vía pública, a consecuencia de sus carreras al ser perseguidos por los guardias de Asalto, para romper las lunas de los escaparates.

Los responsables de aquellas rupturas de cristales argumentaban, para tratar de justificarse, que las protestas de los propietarios de los comercios agredidos tenían más peso para conseguir satisfacción a sus peticiones, acerca de las autoridades locales, que sus propias acciones como parados.

Felipe conocía perfectamente la artimaña empleada por los manifestantes para romper las lunas sin riesgo de detención. Por aquellas fechas, el cuerpo de Serenos controlaba el cierre de todos los portales a partir de las diez de la noche. Es por lo que cada inquilino se veía obligado, si entraba en su casa después de esta hora, de proveerse de una llave, que generalmente era de gran tamaño, correspondiente a las enormes cerraduras empleadas por aquel entonces. Los días de manifestación, las personas dispuestas a romper las lunas cambiaban la llave de su puerta por otra inservible, recuperada en la chatarra, de manera que si al dirigirse al lugar de concentración eran registrados por los Guardias de Asalto, éstos, aunque asombrados del grosor de la llave que transportaban en el bolsillo, no podían acusarles de delito alguno. La continuación era siempre la repetición del mismo escenario: al ponerse en marcha los manifestantes sabían que no irían muy lejos sin encontrar en frente el muro de Guardias colocados a través de la calle para impedirles el paso. Al llegar a una veintena de metros, los obreros comenzaban el abucheo con imprecaciones, insultos y desafíos, hasta que el estridente sonido de un silbato daba a los de Asalto la orden de sacar las porras y de lanzarse al ataque. Era aquél el momento elegido por aquellos manifestantes, que corriendo por las aceras y protegidos por camaradas que les ocultaban de la vista de la gente haciendo barrera con sus cuerpos, lanzaban violentamente la llave contra los escaparates.

Durante todo aquel año 1935, Felipe vivió la triste experiencia de obrero en paro forzoso y, aparte algunas jornadas procuradas por el Ayuntamiento en trabajos de pico y pala, no pudo conseguir una ocupación estable. Esta holganza involuntaria le permitía disponer del día entero para darse a distracciones y pasatiempos sin caer en el aburrimiento. La sola restricción a disponer del tiempo a su guisa era de carácter doméstico. Su madre y hermanos, que trabajaban al exterior, entraban a su casa para comer al mediodía y Felipe, a las once de la mañana, debía alumbrar la hornilla de carbón, acercar el puchero al fuego y vigilar la cocción de la comida.

Cuando hacía buen tiempo, después de comer, Felipe cogía la bicicleta y, por Portal de Arriaga, se dirigía al río Zadorra, a la presa de Abechuco o bien al campo de Aguirrelanda, donde pasaba la tarde entre baños de agua y de sol, en compañía de otros camaradas que como él se encontraban sin trabajo. Si hacía mal tiempo, el mismo grupo se reunía en el Frontón Vitoriano, lugar predilecto de concentración de todos los parados, porque allí podían discutir y comentar los acontecimientos del día al abrigo de la intemperie, sentados confortablemente en las sillas del graderío o divertirse jugando a la pelota en la pared opuesta a la cancha.

Todas las noches, sin excepción, Felipe acudía al Sindicato, cuyo local se encontraba en la misma calle que su propio domicilio. Sus funciones de miembro del Comité le imponían la obligación de su presencia. Allí encontraba la pandilla, amigos íntimos, aquellos compañeros privilegiados que ejercían aún un trabajo remunerador permanente. Pero la primera persona que sus ojos buscaban al atravesar la puerta del Sindicato era una mujer, Carmela.

Hacía ya más de dos años que Felipe y Carmela habían comenzado su cortejo amoroso y el tiempo de separación que Felipe pasó en Marruecos cumplien-

do el servicio militar, lejos de atenuar la intensidad de la pasión que les atraía recíprocamente, fortificó, por los efectos sentimentales de la nostalgia, los lazos afectivos que les unían. Una consecuencia de su nuevo estado de espíritu fue el cambio de actitud adoptado durante sus paseos nocturnos. Ya no buscaban los sitios alumbrados por los focos eléctricos y preferían cobijarse al abrigo de la oscuridad. Pero lo curioso en su caso era que el deseo de aislamiento no correspondía a la tendencia natural de la mayoría de las parejas, que se refugiaban en la sombra para esconder sus efusiones amorosas de las miradas indiscretas, mientras que entre Felipe y Carmela se había establecido tácitamente una barrera moral de contención a la expansión de la sexualidad. Los dos habían asimilado de manera idéntica las ideas anarquistas sobre el amor libre y la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer, pero el exceso de entusiasmo en la práctica de sus teorías de respeto mutuo les había desviado hacia el amor platónico. El solo contacto corporal que se había establecido entre ellos desde el principio de sus relaciones se resumió a tenerse por la mano y a darse el beso de despedida al decirse "¡Hasta mañana!".

Cada vez que Felipe se había visto confrontado a situaciones problemáticas se esforzaba a comprender las causas que las había determinado y, cuando mucho más tarde, recordando su singular comportamiento con Carmela y buscando el porqué de aquellas relaciones desprovistas de deseo sexual no consiguió encontrar una explicación satisfactoria y confundido por la duda, admitió que, quizás, su conducta no había sido ajena al origen del problema. Se preguntaba Felipe si la frecuentación de una mujer que rebosaba de atractivos físicos no hubiera debido provocar en él otro sentimiento amoroso que el platónico y, delante la ambigüedad de la respuesta sospechó que en Carmela o en él podía existir un estado de frigidez.

En lo que le concernía, Felipe no podía vanagloriarse de haber practicado frecuentemente el acto sexual. Su primera experimentación la hizo a la edad de veinte años, unos días antes de partir al servicio militar. Fue una noche al salir de ver una película en el Ideal Cinema con un grupo de amigos. Éstos decidieron pasar por la calle Nueva Dentro, donde se encontraban las cinco casas de prostitución autorizadas oficialmente en Vitoria. Felipe se encontró en el salón del número 37 de dicha calle, esperando que los compañeros que por el precio de tres pesetas habían elegido una mujer, terminaran la sesión de placer para entrar tranquilamente a su domicilio. Al encontrarse reunidos de nuevo, Felipe se levantó con intención de partir pero, viendo que nadie le seguía, se paró en medio del salón interrogándoles con la mirada. En ese momento ignoraba la trama urdida por sus amigos para hacerle perder su pretendida virginidad. Fue al sentirse cogido del brazo por una de aquellas mujeres y al remarcar las sonrisas irónicas del grupo que Felipe comprendió sus intenciones. Tratando de desembarazarse de la prostituta, ésta le explicó que uno de sus amigos había pagado el servicio y agregó una observación poco grata concerniente a su virilidad. Felipe lanzó una ojeada rápida hacia sus amigos, que seguían regocijándose de la escena, y tomando la broma como un desafío a su amor propio se dejó conducir por la ramera.

Felipe no olvidó nunca éste su primer contacto y, descendiendo las escaleras sin haber sentido ninguna sensación del placer que desde su infancia se imaginaba debía procurar el acto sexual, se retenía para no dejar ver a sus compañeros la turbación moral por la desilusión que acababa de sufrir. Al llegar a su casa, una vez sólo, las lágrimas que había conseguido contener hasta allí rodaron por sus mejillas. Su decepción tomaba mayor importancia al pensar en el contraste que existía entre su concepción personal del amor puro practicado por deseo y consentimiento mutuo y la extravagante comedia vivida en aquella sórdida alcoba de lupanar. Más de una vez, como la mayoría de los jóvenes de su edad, Felipe había recurrido al onanismo y había adquirido la convicción que el placer proporcionado por la masturbación no podía compararse en intensidad al que se

debía recibir por el acoplamiento sexual y, al constatar lo contrario en su primer ensayo, le invadió una incertidumbre, la duda de no ser normal como sus amigos. Afortunadamente, su estancia en Marruecos le liberó de aquella preocupación, por la repetición de otros contactos que le aportaron la prueba de que su primer fracaso había sido de orden psicológico.

A la entrada del año 1936, en España todo iba de mal en peor. El presidente Alcalá Zamora había disuelto las Cortes el 4 de enero y las elecciones debían celebrarse el 16 de febrero. Todos los partidos políticos se lanzaron a una frenética campaña de propaganda.

La táctica empleada por las derechas fue idéntica a la aplicada en las elecciones de noviembre de 1933, basada en la incapacidad de los republicanos de izquierda para gobernar de otra manera que metiendo el País a sangre y fuego, conduciéndolo irremediablemente a la revolución. El objetivo de la reacción era amedrentar a los electores presagiando los mayores cataclismos si votaban por los candidatos del Frente Popular.

Del otro lado, los sindicatos y partidos de izquierda, habiendo comprendido que separadamente no podrían salir victoriosos de la contienda electoral, prepararon un programa de unión que, firmado en común el día 15 de enero, dio nacimiento al Frente Popular.

VII

Una vez más, la mayoría de los españoles dieron su confianza a los representantes de los partidos de izquierda y el resultado del escrutinio del 16 de febrero de 1936 fue la demostración evidente.

Esta victoria se debió en parte al comportamiento de los libertarios y anarquistas de la C.N.T. y de la F.A.I., quienes a pesar de su tradicional abstencionismo habían votado en numerosas circunscripciones, justificando su excepcional participación electoral pensando en una de las más importantes decisiones previstas en el programa del Frente Popular: la amnistía general e inmediata de todos los presos políticos que abarrotaban las cárceles españolas.

El nuevo Gobierno formado por Manuel Azaña comenzó su actuación tratando de satisfacer las promesas electorales, la ley de amnistía, la integración e indemnización salarial a los obreros despedidos por participación en movimientos huelguísticos, la disolución de los consejos municipales nombrados en 1934, la reforma agraria, las negociaciones para llegar a un acuerdo rápido sobre los estatutos regionales. Todos estos puntos, entre los catorce comprendidos en el programa común del Frente Popular, debían ser tratados con prioridad por el nuevo equipo gubernamental para evitar decepcionar a la clase obrera y campesina del País, como sucedió en 1931.

Pero una vez más la historia se repitió y, aparte la liberación de los presos que en muchos lugares fue la obra de los propios obreros, que tomaron las cárceles al asalto, el resto de las promesas no llegaron a realizarse o se efectuaban con tanta lentitud, que la desilusión, ganando una vez más a los trabajadores, éstos tradujeron su descontento con huelgas y movimientos de protesta.

Estas repercusiones sociales se vivían en Vitoria como en el resto de España donde el paro forzoso continuaba su progresión aumentando los grupos que se formaban en el Frontón Vitoriano.

Los obreros parados se reunían frecuentemente en asambleas generales para decidir acciones reivindicativas acerca de las autoridades locales. Después de la victoria del Frente Popular, la municipalidad presidida por el señor Ortiz de

Zarate (17) se mostraba más comprensiva que la precedente al examen de cuestiones expuestas por los parados, a tal punto que varias veces fueron autorizados a reunirse en el salón del Ayuntamiento en presencia del propio Alcalde.

Felipe acudía a todas las reuniones y frecuentemente se hacía el portavoz de sus compañeros, en su mayoría miembros de la C.N.T.

Una de las reivindicaciones avanzada con más insistencia por los adeptos al movimiento libertario era la creación de una biblioteca municipal y popular, abierta durante todo el día para permitir a los obreros sin empleo ocupar el tiempo de manera agradable e instructiva. En una de sus sesiones el Ayuntamiento accedió dar satisfacción a aquella demanda y al poco tiempo la biblioteca fue instalada en un local que hacía esquina entre las Cercas Bajas y la plaza donde estaba situado el edificio de la Escuela de Artes y Oficios. Una espaciosa sala de lectura, amueblada de mesas y sillas, y apoyadas a los muros opuestos a los ventanales las hileras de estanterías, que dejaban ver los lomos de cientos de libros.

La idea de la biblioteca, habiendo sido una iniciativa de los "cenetistas", éstos, considerando que el resultado positivo obtenido era su propia obra, se dejaron seducir por la satisfacción del éxito y decidieron aprovechar la ocasión para tratar de poner en práctica una de sus teorías libertarias, consistente en suprimir la vigilancia autoritaria dejando a los lectores el cuidado de controlar ellos mismos la actividad al interior del local. La municipalidad aceptó la proposición, cediendo a los argumentos avanzados por los interesados, que afirmaban conocer el sentido de responsabilidad de los parados y deseaban demostrar al público en general la capacidad constructiva y consciente de la clase obrera.

La buena fe de Felipe y sus compañeros les hizo creer que la mentalidad de la mayoría de los parados había alcanzado el nivel de comprensión de las ideas de libertad y tolerancia preconizadas por su organización y pensaban que la biblioteca municipal iba a funcionar al igual que la del Ateneo Libertario. Pecando de ingenuidad no comprendieron la distinción de conducta existente entre los obreros ganados a la causa revolucionaria, que consideraban la lectura como un medio de lucha contra la ignorancia y por la adquisición de conocimientos propios a la lucha de clases, y los indiferentes a la cultura, para quienes la experiencia de la biblioteca no tenía otra importancia que la de sus propias ventajas personales.

Los primeros días que siguieron a la apertura, la autodisciplina mantuvo en la biblioteca las condiciones necesarias a su buen funcionamiento, pero al cabo de unas semanas la situación comenzó a desarmonizarse. La limpieza del local, que en principio era efectuada colectivamente, fue desatendida, al punto que eran siempre los mismos quienes limpiaban las colillas, barrían el suelo y recogían los libros abandonados en desorden. Era el grupo de Felipe el que soportaba las consecuencias de aquellos inconvenientes con un espíritu de larga tolerancia, pero descubierta una grave irregularidad puso fin a su incondicional y permanente disposición de ocuparse del aseo y del orden de la biblioteca. La anomalía fue conocida al apercibirse de los espacios vacíos en las estanterías. A pesar del reglamento interior, que prohibía sacar los libros de la biblioteca, ciertos lectores los llevaban a su domicilio alegando la intención de leerlos durante la noche. Este pretexto sirvió a los que procediendo de mala fe no los devolvían. No habiendo ningún control oficial, éste se hacía benévolamente por los propios

(17) Teodoro González de Zárate.

asistentes y sobre todo por los libertarios, que eran los que más interés tenían en salir victoriosos de aquella prueba de libertad en libertad. Al poco tiempo, nadie quiso continuar jugando el ingrato papel de guardián y terminaron por desinteresarse de una vigilancia que les rebajaba al estado de policías.

Cuando la biblioteca cerró sus puertas por causa de degradación de materia, los libertarios dieron como razonamiento a la opinión pública, para excusar el fracaso de su iniciativa cultural, que los individuos que habían sustraído los libros de la biblioteca no lo hubieran hecho si hubiesen poseído los medios económicos para comprarlos y que lo ocurrido demostraba la responsabilidad de la sociedad y la necesidad de reemplazarla por otra más justa y equitativa.

El mes de mayo de 1936 tuvo lugar en Vitoria un hecho único en los anales del sindicalismo local. Los cuatro sindicatos obreros, C.N.T., U.G.T., Solidarios Vascos y Católicos, celebraron conjuntamente dos asambleas en el Ideal Cinema y llegaron a un acuerdo común para declarar la huelga general en la Capital. Las discreciones (18) para elaborar una lista de reivindicaciones fueron arduas. Cada organización defendía sus propias reivindicaciones y en la mayoría de los casos atacaban las expuestas por los demás. Al fin, a pesar de las discrepancias, todos los sindicatos aceptaron el principio de la huelga, más bien por coacción exterior que por convicción interna. Fue por la forma que la lista de peticiones había sido depositada en el Gobierno Civil, pues todos los dirigentes sabían que no serían defendidas en común y esta situación, cambiando el sentido primitivo de la huelga, la vació de su espíritu reivindicativo transformándola en simple movimiento de veinticuatro horas (19), como protesta contra la política social del Gobierno.

En el mes de Julio de 1936 no se había modificado la tendencia de deterioración del panorama social español, que continuaba agravándose de día en día. Cuando el 10 de mayo Manuel Azaña había reemplazado a Alcalá Zamora en la Presidencia de la República, fueron muchos los españoles que creyeron que el cambio reportaría al País la solución a los problemas que le agobiaban, y esta nueva decepción, agregada a las anteriores, fue el motivo suplementario que impulsó a la clase obrera y campesina a provocar acciones directas que desbordaron las concesiones otorgadas por el Gobierno y que le metieron en contradicción con sus promesas electorales.

La fábrica vitoriana de yute y saquerío de Alfaro había cerrado sus puertas y Carmela, que trabajaba en dicha factoría, se vio obligada a desplazarse a Bilbao para poder seguir trabajando en una sucursal de la misma empresa. A consecuencia de esta separación, Felipe no podía encontrarla más que una vez por quincena y el resto de los días, manteniendo la costumbre del paseo nocturno, deambulaba solitario por el mismo itinerario tantas veces recorrido con Carmela. Mientras caminaba automáticamente, sumergido en sus meditaciones orientadas voluntariamente hacia situaciones personales ventajosas para él, se sintió más de una vez impulsado por una fuerza interior a romper sus dulces pensamientos, para resurgir a la inquietante realidad que vivía España en aquel malogrado mes de julio de 1936.

El País entero evolucionaba dentro de un ambiente de confusión e incertidumbre. Huelgas y manifestaciones se multiplicaban y los encuentros violentos

(18) Discusiones.
(19) La huelga duró una semana: del 25 de mayo al 1 de junio. No salieron ni los periódicos.

entre obreros y fuerzas del orden se repetían cotidianamente, aumentando con el número de víctimas el descontento general.

Madrid se había convertido en el punto de mira de los españoles por los sangrientos acontecimientos que agitaban la capital. La escalada de atentados personales comenzó con la muerte del Juez Pedregal, por haber condenado a un presunto falangista a treinta años de prisión. El Capitán de Guardias de Asalto Faraudo tuvo la misma suerte. Siguió en la lista el Marqués de Heredia, primo de José Antonio. La Falange, que acusó al Teniente de Asalto José del Castillo de ser autor de aquella muerte, lo mató el 12 de julio cuando éste se disponía a entrar en su casa del brazo de su esposa. Dispuestos a vengar la muerte de dos de sus oficiales, varios guardias de Asalto se presentaron en la noche del 12 al 13 hacia las cuatro de la mañana en casa del Jefe de la oposición Calvo Sotelo y presentando un interrogatorio en la Dirección de Seguridad se lo llevaron en un coche de la policía. El cuerpo sin vida de Calvo Sotelo, abatido de dos balas de pistola en la nuca, fue hallado en el depósito de cadáveres de un cementerio madrileño, donde había sido depositado por los propios Guardias de Asalto.

La violencia había sobrepasado el cuadro tradicional del enfrentamiento entre obreros y fuerzas del orden, para situarse en una lucha de rivalidad política social que engendró la contienda permanente entre los solos civiles.

La Falange, a pesar de haber sido declarada fuera de la ley por el Gobierno, continuaba su actividad y era raro el día que los periódicos y la radio no señalaban choques sangrientos a consecuencia de respuestas a provocaciones. En Vitoria mismo, un incidente que tuvo como origen la actitud agresiva de ciertos Falangistas terminó de manera trágica. El hecho se produjo cuando un grupo de jóvenes, saliendo del café Moderno situado en la calle de Dato, se pusieron a gritar dando vivas a la Falange. Un señor que pasaba por las inmediaciones, indignado de aquellas manifestaciones subversivas contra el gobierno popular, se plantó en medio de la acera y comenzó a lanzar vivas a la República. Fue tan grande la emoción del momento para aquel hombre de edad avanzada que no pudo soportar la conmoción y cayó al suelo, muerto de una crisis cardiaca. Su entierro tuvo lugar dos días después y jamás se había visto en Vitoria tantas personas reunidas para la conducción del cadáver. El desfile que sucedió la salida del cementerio con dirección al Gobierno Civil estaba compuesto por miles de hombres y mujeres, que a pesar de sus diferentes tendencias ideológicas presentaban un punto común: la lucha contra el fascismo. ¡Pero quién entre aquella masa de manifestantes hubiera podido adivinar que era la última vez que marcharían públicamente en cortejo dentro del Régimen Republicano!

VIII

Durante una semana, a partir del 15 de julio de 1936, Felipe no pudo seguir al día el curso de los acontecimientos que se desarrollaban en España a causa de una enfermedad que contrajo súbitamente y que le dejó postrado en un estado de inconsciencia.

El origen de su enfermedad, bronconeumonía, fue la consecuencia de un baño en el río Zadorra, al haberse lanzado al agua cubierto de sudor y sofocado del esfuerzo que acababa de hacer corriendo en bicicleta.

Atenazado por la fiebre con una temperatura superior a cuarenta grados, Felipe fue trasladado sin conocimiento en una ambulancia de su casa al Hospital de Santiago Apóstol.

Cuando al cabo de unos días, saliendo del engranaje del delirio, comenzó a recobrar consciencia del mundo real, su primera impresión fue tan confusa que creyó ser aún víctima de una nueva pesadilla, al escuchar a alguien anunciarle

que se había producido en España un golpe de Estado militar, que Vitoria había sido tomada militarmente y que, en las calles, los solos grupos autorizados eran los de soldados, requetés y falangistas.

En la sala de San Prudencio, ocupando una de las camas alineadas a lo largo de los muros laterales, Felipe resurgía lentamente a la vida real. Su cama se hallaba en la hilera del muro opuesto a las ventanas, a proximidad de la puerta vidriera que comunicaba con el pasillo-mirador y desde donde podía verse, a través de sus cristales, el jardín con los bancos que durante las horas de visita servían de asiento a los enfermos acompañados de familiares y amigos. Pero si se prolongaba la mirada a una distancia de unos cuatrocientos metros, atravesando la calle que daba acceso al Hospital, los ojos encontraban el vetusto y siniestro edificio de la Cárcel de Vitoria.

Entre los enfermos hospitalizados en la sala de San Prudencio, Felipe conocía a un señor que ocupaba la cama enfrente de la suya. Este hombre, de edad avanzada, padecía del corazón y vivía un verdadero drama. Las gotas de digitalina que suministraban diariamente al señor Valdivielso se revelaban ineficaces para aliviar su mal a causa del clima emocional en que vivía pensando constantemente en sus hijos, uno de los cuales había sido detenido por las nuevas autoridades acusado de pertenecer a la C.N.T. y que se hallaba encerrado en aquella tenebrosa prisión que se erguía amenazadora delante de la fachada del Hospital.

Durante la fase crítica de su enfermedad, Felipe había sentido la impresión de una presencia constante al lado de su cama y cuando abrió los ojos al salir de su letargo la primera persona que vio fue su madre. La pobre mujer había conseguido de la administración del Hospital una autorización especial que le permitía entrar y salir del establecimiento a no importaba qué hora del día. Era ella quien todas las mañanas, de madrugada, le traía la palangana de agua, le ayudaba a lavarse, le ponía al corriente de las noticias más destacadas del exterior y que, al fin, después de haber acariciado tiernamente su frente, desaparecía por la puerta del pasillo haciendo un amoroso signo de adiós con la mano.

Cuando Felipe veía humedecidas las mejillas de su madre trataba de consolarla con palabras tranquilizadoras, pero un día, ante la persistencia de las lágrimas de la pobre mujer, Felipe insistió tanto para conocer la causa que ésta, dejándose convencer, le explicó el motivo de su angustia.

"No hemos querido ponerte al corriente de ciertas cosas para no alarmarte, pero ahora que ya vas mejor de salud valdrá más que lo sepas", y conteniendo un suspiro su madre continuó: "Desde que comenzó el movimiento recibimos frecuentemente la visita de la policía. Estas visitas empezaron el 18 de julio por un grupo de jóvenes de Vitoria, entre los que había tres hijos de comerciantes conocidos. Dijeron que querían hablar contigo, pero como yo sabía que no eran amigos tuyos, les conté que te habías ido la víspera y que no sabíamos dónde estabas. Dos días después fueron los requetés quienes invadieron la casa y registraron hasta debajo de las camas. Otra vez fueron los falangistas y esta noche han sido de nuevo los policías que han venido a la una de la mañana".

Felipe había escuchado impasible las revelaciones de su madre, pero si su rostro no había manifestado ningún signo exterior de emoción, en su fuero interno frenaba los sentimientos de tristeza e inquietud que le infundía el saberse responsable de todas las zozobras y desazones que sufría su familia.

"Escucha mamá", y cerrando entre las suyas una mano de su madre Felipe prosiguió: "La próxima vez que la policía os pregunte por mí, decid la verdad, que estoy en el Hospital, así terminarán de atormentaros. La cárcel no me hace

miedo; ya la conozco. Además, como no he cometido ningún delito, me pondrán en libertad al cabo de unos días".

Al oír estas palabras un brillo de pánico pasó por los ojos de la madre que, mirando a su hijo como asustada, comenzó a balbucear con frases entrecortadas.

"¡Dios mío, Dios mío, hijo mío! Tú no sabes lo que está pasando en Vitoria. Corren rumores de que han encontrado varios cadáveres a las afueras de la Capital en las cunetas de algunas carreteras y se citan nombres de compañeros tuyos entre los muertos. Parece que a la noche se oyen gritos en la calle de la Paz, en las inmediaciones de la cárcel, cuando sacan ciertos presos para darles el último paseo".

Felipe trató de minimizar la importancia del peligro presentido por su madre, esforzándose en animarla con palabras tranquilizadoras, avanzando el argumento de que el movimiento insurreccional sería vencido por las fuerzas republicanas antes de un mes.

Cuando su madre le hizo el signo de adiós desde la puerta del pasillo, Felipe se sintió invadido de un sentimiento de tristeza. Sabía que, a pesar de sus esfuerzos para calmar su inquietud, su madre no había sido consolada y que la credulidad que había manifestado al escuchar sus palabras optimistas era simple apariencia, como una mentira piadosa.

Si Felipe no había dicho a su madre que conocía tan bien o mejor que ella los trágicos acontecimientos que se desarrollaban en Vitoria a partir del 18 de julio fue por no aumentar las consecuencias dolorosas de la situación dramática que vivía su familia. ¿Cómo hubiera podido decirle que el muerto que unos aldeanos habían descubierto la víspera en una cuneta de la carretera no era otro que Mariano Gutiérrez, que unos días antes se encontraba en una cama en la sala próxima a la suya y que había sido sacado del hospital en una camilla por un grupo de requetés?

Era raro el día que Felipe no recibía la visita de personas que le ponían al corriente de la situación. La mayoría eran miembros de las juventudes libertarias, que no habiéndose destacado en sus actividades sindicales no estaban fichados por la policía y podían circular en Vitoria sin temor a ser detenidos. Por ellos, Felipe sabía que una gran parte de sus compañeros habían conseguido abandonar la Capital para unirse a las fuerzas republicanas y nacionalistas que se habían apoderado de Bilbao y San Sebastián y controlaban las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya. Otros compañeros no tuvieron esta suerte y fueron detenidos, los unos en sus casas y los otros en caminos y montes al intentar abandonar la zona franquista.

Desde su ingreso en el hospital, Felipe no se había levantado una sola vez de la cama y la primera vez que lo hizo agravó su estado de salud con una nueva complicación. Al ponerse de pie, cuando sus piernas recibieron el peso del cuerpo al dar el primer paso, un dolor insoportable le atacó en la pierna. La inyección que le administró el practicante de servicio redujo el sufrimiento, pero la pierna comenzó a inflamarse de manera alarmante. El doctor no dudó un solo instante para dar el diagnóstico: flebitis.

Cuando a la mañana siguiente la madre de Felipe vio a su hijo con la pierna completamente vendada, estirada al interior de una protección, recibió tal susto que quedó paralizada de estupor durante varios segundos. Sin embargo, cuando la mujer se fue media hora después, la alegría que manifestaba su rostro no era ficticia. Felipe le había explicado que la flebitis arreglaba momentáneamente el problema de su seguridad, porque la hospitalización iba a prolongarse varias

semanas y que durante este tiempo las tropas republicanas aplastarían el movimiento subversivo.

Desgraciadamente para Felipe, las semanas al pasar se llevaron su optimismo. En los frentes del País Vasco, las tropas franquistas progresaban en Guipúzcoa y habían tomado Tolosa, San Sebastián e Irún. Las noticias del resto de España eran confusas y, mientras que la radio y los periódicos locales anunciaban partes de guerra favorables al movimiento, los comunicados republicanos escuchados en las radios clandestinas hablaban de batallas triunfales.

Por otra parte, en Vitoria mismo, la represión contra los individuos considerados demócratas o progresistas se acentuaba y raro era el día que se pasaba sin tener conocimiento de alguna arrestación (20). Ángel Estavillo, Jesús Gangutia, David, pintor y poeta, el Doctor Isaac Puente… y cuántos otros entre los amigos de Felipe que fueron ejecutados arbitrariamente.

Desde hacía quince días, en sus visitas a los enfermos, el Doctor Salmerón pasaba acompañado de un grupo de mujeres jóvenes aspirantes a enfermeras, a las que daba explicaciones sobre los diferentes casos que presentaban sus enfermos. Un día, una de aquellas muchachas echó una ojeada sobre la mesilla de noche de Felipe y leyó el título del libro que éste leía en el momento que la comitiva había penetrado en la sala. Dejando pasar el resto del grupo, la futura enfermera se acercó a la cabecera de la cama y preguntó a Felipe: "¿Es la primera vez que lee usted a Leo Tolstoi?". Delante de la actitud simpática de su interlocutora, Felipe respondió francamente: "No, Tolstoi es uno de mis autores preferidos".

El acontecimiento que se produjo el día siguiente despertó en Felipe una sospecha y el sentimiento de haber cometido una imprudencia de ingenuidad, al haber descubierto a la aspirante, con su respuesta inocente, la inclinación de sus ideas sociales.

Hacia las tres de la tarde, Felipe vio entrar en la sala a dos jóvenes militantes de su organización que se acercaron a él lanzando un suspiro de satisfacción. Ante la mirada interrogativa de Felipe, uno de ellos explicó: "Creíamos que te habían llevado. Como todas las tardes íbamos a dar una vuelta al campo del Polvorín y al pasar delante del hospital hemos visto salir el coche celular...".

Felipe no dio importancia a este suceso creyendo que no tenía relación alguna con su persona, pero cuando al atardecer el practicante externo llegó a su cama para ponerle la inyección, comprendió, en el saludo que éste le dirigió, que algo nuevo e inquietante le preocupaba. Felipe conocía a este hombre, patrón de una peluquería en la calle Pintorería, miembro del partido socialista, con quien conversaba todos los días y que era para él una fuente de información sobre el desarrollo de los acontecimientos exteriores. Es por lo que con toda confianza preguntó: "¿Qué pasa?". Lo inesperado de la respuesta dejó a Felipe perplejo: "La policía ha querido sacarte del hospital esta tarde. Es el Doctor quien me lo ha dicho. Menos mal que él se ha impuesto (21) al traslado invocando tu estado de inmovilidad, pero deberá prevenir a la dirección la víspera del día que te dará de alta".

A partir de aquel momento, Felipe no cesó de pensar en la evasión, escaparse del hospital. Un solo problema existía; poder andar. Cerca de dos meses que lle-

(20) Arresto, detención.
(21) Opuesto.

vaba acostado y no había dado aún un solo paso. ¿Es que la pierna iba a responder?

A partir de las seis de la tarde, Felipe recibía la visita de su amigo Jesús, quien, después de haber terminado su jornada de trabajo en un taller de tapicería de la calle San Antonio, pasaba a verle al hospital. En la conversación que mantuvieron en esta ocasión los dos amigos trataron de la necesidad urgente de prevenir un lugar a donde Felipe pudiera esconderse si conseguía salir del hospital secretamente, antes que la policía viniera a detenerlo. En las palabras pronunciadas por Jesús, al despedirse media hora después, se revelaba el acuerdo recíproco. "No te preocupes, mañana sin falta te traeremos la boina, las gafas de sol y el bastón".

La noche del siguiente día fue para Felipe el comienzo de un nuevo calvario. A medianoche, mientras los enfermos dormían, se incorporó lentamente en su cama, puso los pies en el suelo y, apoyándose en el bastón que le habían traído aquella misma tarde, inició sus primeros pasos en dirección al lugar donde se hallaban los retretes y el cuarto de baño. Desde la cama de enfrente un enfermo le hizo un signo con la mano, gesto de amistad y de ánimo del señor Valdivielso, que estaba al corriente de su proyecto. Una vez al interior del local, sin haber doblado una sola vez la rodilla de su pierna enferma, cerró el pestillo de la puerta y, abandonando el bastón, comenzó a andar alrededor de la bañera esforzándose en no cojear. Cinco minutos después, cubierto de sudor y apenado por la decepción, tuvo que cesar el ejercicio que su pierna rígida no podía continuar.

Durante una semana, todas las noches, Felipe repetía estoicamente el duro entrenamiento, hasta el día en que sucedió aquel decisivo acontecimiento. Como de costumbre, todas las mañanas las aspirantes enfermeras, los internos y la monja penetraron en la sala precedidos por el Doctor Salmerón. Cada cama presentaba en su pié, sostenido por un marco, el gráfico que señalaba las temperaturas y el curso de los diferentes tratamientos. El grupo avanzaba lentamente parándose enfrente de cada enfermo, y el Doctor, después de haber examinado el gráfico, dirigía a éste unas palabras de estímulo, le auscultaba si su caso lo requería y pasaba al paciente siguiente. Al pasar delante de la cama de Felipe, el Doctor le lanzó como saludo: "Tiene usted hoy mejor aspecto, ya se ve que recupera". Felipe hizo un movimiento de asentimiento con la cabeza y siguió con su mirada el alejamiento de la comitiva. De pronto, cuando ésta se encontraba a una distancia de varias camas, el Doctor dio media vuelta, se acercó precipitadamente a Felipe y mirándole fijamente en los ojos pronunció con un tono grave: "Prepárese usted, mañana tengo que darle el alta". Al reunirse de nuevo al grupo, en los oídos del Doctor debía resonar aún el emocionante: "Muchísimas gracias", que salió de los labios de Felipe.

A la hora de las curas, hacia las once de la mañana, dominando su estado de febrilidad intensa, Felipe explicó al Practicante la curiosa actitud del Doctor y le rogó con urgencia para que llevara al mediodía, al domicilio de su amigo Jesús, una misiva, en la que le ponía al corriente de la nueva situación y le pedía que no fuera al trabajo aquella tarde, pudiendo así pasar a verle de buena hora al objeto de preparar juntos los pormenores de su evasión. El Practicante aceptó sin objeción el encargo de Felipe, agregando al terminar de expresar su promesa: "Con respecto al Doctor Salmerón, no me extraña que te haya prevenido, es un hombre de muy buenos sentimientos y, como ya sabe lo que te espera si te detienen, su conciencia rehúsa la complicidad que le imponen. En lo que concierne al procedimiento que ha empleado para prevenirte sin testigos, eso es una artimaña para no comprometerse".

A las dos de la tarde, Jesús, sentado en una silla a la cabecera de la cama, escuchaba el plan de fuga que le exponía su amigo. El mejor momento se situaba durante la penumbra del atardecer, cuando los enfermos, después de cenar, recibían la visita de aquellos familiares que trabajando durante el día disponían de una autorización especial para penetrar en el hospital una vez la jornada de trabajo terminaba. Aprovechando el vaivén de estos visitantes, Felipe pasaría desapercibido delante del plantón de guardia en la puerta principal, pues éste, regularmente, no controlaba más que las personas que entraban.

Una vez en la calle y para no llamar la atención del plantón de guardia, Felipe sugirió que Benita, una muchacha joven y simpática que le visitaba frecuentemente, se colocara en la acera junto a la verja de entrada del hospital y que cuando le viera aparecer le recibiera sin demostrar ningún signo aparente de emoción, dándole el abrazo como si habiendo llegado juntos ella se hubiera quedado al exterior del establecimiento esperando su salida.

Pero uno de los problemas más delicados fue el disponer de un lugar seguro para esconderse y, frente a la necesidad de una solución urgente, Felipe se vio obligado a aceptar un refugio provisional. La idea vino de su madre, quien guardaba la llave del piso de su abuela, que llevaba enferma varios meses y se encontraba hospitalizada. El solo inconveniente podía venir de posibles indiscreciones de la parte de los vecinos, pero esta eventualidad se desvaneció con la decisión de poner al corriente de la situación a “Los Berreros”. Se trataba de un matrimonio sin hijos que ocupaban el otro alojamiento del piso y que vivían de los recursos que les reportaba la venta de berros y cangrejos. Sabiendo las relaciones amistosas que habían mantenido siempre con su familia, Felipe consideró que se les podía dar absoluta confianza.

Los enfermos que de costumbre comían alrededor de la gran mesa situada en medio de la sala de San Prudencio fueron sorprendidos al oír decir a Felipe, dirigiéndose a la monja de servicio, que encontrándose en mejor condición física iba a levantarse de la cama para cenar con los otros enfermos. La extrañez (22) venía del hecho de que durante toda su estancia en el hospital había sido servido siempre en su propia cama y que era aquélla la primera vez que se le veía vestido con su propia ropa, sin la camisa uniforme que la administración proveía a todos los hospitalizados.

Terminado el postre, los enfermos abandonaron la mesa y, mientras una parte de ellos regresaban a sus respectivas camas, los otros, tomando la dirección del pasillo mirador, comenzaron su cotidiano paseo observando maquinalmente a través de los cristales la llegada de los visitantes que entraban por la puerta principal. Por su lado, Felipe se acercó a la cama, cogió su chaqueta del respaldo de la silla, se la puso lentamente y abriendo el cajón de la mesilla sacó las gafas y la boina, que hizo desaparecer al interior de un bolsillo. Apoderándose del bastón atravesó la sala acercándose a la cama del Señor Valdivielso para agarrarle discretamente la mano y cojeando voluntariamente de manera aparatosa se dirigió hacia la puerta del pasillo.

Felipe sabía que debería pasarse un cuarto de hora antes que Benita llegara a la puerta del hospital y que el éxito de su proyecto dependía de la presencia de la muchacha a la hora prefijada. A medida que pasaba el tiempo, su impaciencia se acentuaba. Su mirada pasaba sin cesar de la verja de la entrada a su reloj. Ganado por la ansiedad, su estado de nerviosidad le producía una transpiración

(22) Extrañeza.

que invadía todo su cuerpo. Poco a poco una idea de duda comenzó a atenazarle. "¿Y si Benita ha cogido miedo?", se preguntaba Felipe, que no ignoraba el riesgo que la muchacha corría prestándose a ayudarle en su fuga.

¡Qué largos eran los minutos para Felipe en aquellos momentos!

De repente, su cuerpo tuvo un sobresalto, como sorprendido por un hecho insólito… Sin embargo, llevaba un cuarto de hora esperando su realización: una mujer vestida de negro se paseaba tranquilamente por la acera enfrente del hospital. Era Benita.

Durante su simulado paseo, Felipe se había colocado no lejos de la puerta de comunicación con la escalera principal. Al instante mismo que sus ojos vieron la silueta de Benita, dominado por la emoción, Felipe penetró rápidamente en el descansillo de la escalera, abandonó su bastón, se puso la boina y las gafas y se lanzó resueltamente, evitando cojear, para bajar la escalera. En unos segundos Felipe llegó al *hall* (23) de la planta baja, donde existía la animación habitual propia a la hora de visitas, pasó delante del empleado, ocupado a informar un visitante, detrás del gran mostrador, y se encontró sobre el piso de arena de la pequeña avenida que terminaba delante de la verja de la puerta de entrada principal.

IX

A medida que Felipe avanzaba hacia la puerta sentía que la inflamación de su pierna tomaba proporciones alarmantes, a tal punto que temió no poder pasar delante del requeté de guardia sin cojear y tuvo que reunir toda su energía para continuar doblando la rodilla a pesar del intenso dolor que el esfuerzo le causaba.

Cuando el "adiós" indiferente del plantón respondió a su saludo intencionadamente afectado, Felipe lanzó un profundo suspiro de alivio y, encontrándose fuera del recinto del hospital se acercó a Benita, quien como convenido le dio el brazo sin manifestar ningún signo aparente de emoción.

La penumbra del crepúsculo vespertino provocaba una semioscuridad que, cosa prevista, debía favorecer la marcha por la Capital sin riesgo para Felipe de ser reconocido por personas que podrían cruzar en su trayecto.

El itinerario que debían seguir para llegar al refugio destinado a Felipe había sido estudiado minuciosamente para evitar el paso por lugares de circulación intensa. De la puerta del Hospital tomaron la dirección de Judizmendi, alejándose de la aglomeración, para coger a la izquierda la calle bordada por la gran tapia de la huerta del Hospital, siguieron paralelamente a la vía del ferrocarril Vasco Navarro y debían, pasando delante de la fábrica de cartuchos de Orbea, atravesar la calle Francia y por la de San Ildefonso convergir (24) a la de la Pintorería.

El camino recorrido para llegar frente a la estación del Vasco Navarro fue un verdadero calvario, que infligió a Felipe un suplicio cercano al límite de su resistencia física. La rigidez de su pierna, anquilosada por el esfuerzo, le impedía articular la rodilla, obligándole a andar arrastrando el pie, y a pesar de la buena voluntad de Benita, que le invitaba constantemente a apoyarse sobre ella, se veía en la imposibilidad de seguir más adelante. Ocultos en la oscuridad casi total por

(23) Vestíbulo, recibidor.
(24) Converger.

la caída de la noche, Felipe se sintió con mayor seguridad y propuso a Benita buscar un lugar discreto a lo largo de la vía del ferrocarril, donde él podría reposarse, mientras que ella iría a casa de su amigo Jesús para explicarle la situación y pedirle que le acompañara.

La hora que pasó Felipe esperando la venida de sus amigos, acostado sobre la hierba enfrente de los talleres de las Sierras Alavesas, le permitió recuperar un poco de sus fuerzas y, cuando éstos se encontraron a su lado, su estado de ánimo había recobrado una parte de optimismo.

Con la ayuda moral y material que aportaba la presencia de Jesús, los tres amigos se encontraron un cuarto de hora después junto a la esquina que formaba el Cantón de Santa Ana con la calle Pintorería. Pero allí les esperaba una desagradable sorpresa: la dulce temperatura de aquella noche, a mediados del mes de septiembre, había incitado a un grupo de vecinas provistas de bancos y sillas a sentarse en la acera frente a su casa. Felipe no podía de ninguna manera pasar sin ser visto, delante de aquellas personas que le conocían y que habían conocido a su madre cuando ésta, al principio de la guerra, respondiendo a sus preguntas, les dijo que su hijo se encontraba en la zona republicana. Aquella noche, Felipe durmió en casa de su amigo Jesús y a las cinco de la mañana del día siguiente, acompañado de éste, entró por el portal que no volvería a atravesar antes de seis meses.